BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA METROPOLIS

curtis garland

CIENCIA FICCION



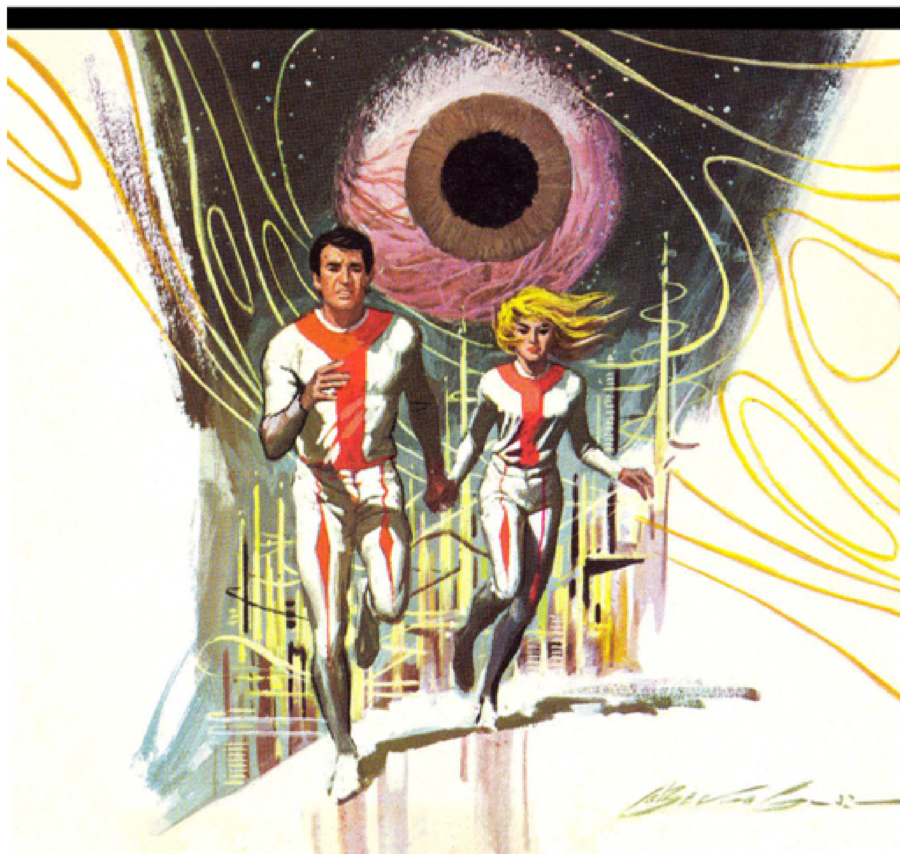
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

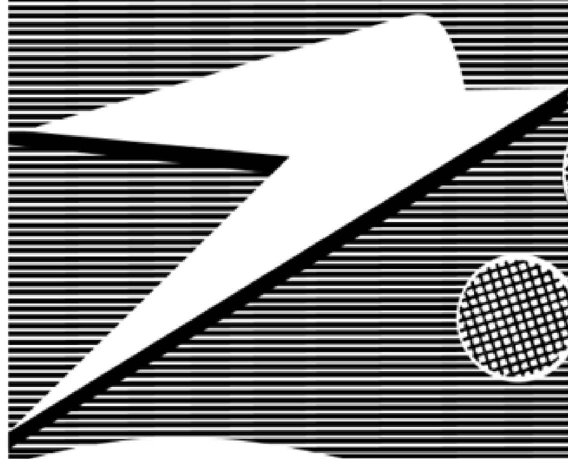
LA METROPOLIS

curtis garland

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS GARLAND

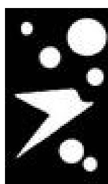
LA METRÓPOLIS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 103

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: B. 20.817 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: julio, 1972

Texto

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

98. — Los brujos de Lero. *A. Thorkent.*

99. — El otro universo. *Curtis Garland.*

100. — El corazón. *Marcus Sidereo.*

101. —Los hombres de Arkand. *A. Thorkent.*

102. — El invasor errante. *Ralph Barby*.

Esta es una extraña historia. Muy extraña. Pero puede ocurrimos a cualquiera. A cualquiera. Incluso a usted. O a mí. Quizá mañana mismo. O tal vez hoy, al terminar de leer estas páginas. Al terminar la jornada de trabajo y volver a casa por ejemplo.

¿Por qué no?

CAPÍTULO PRIMERO

Tomé el elevado en el cruce del Nivel Dos y el Nivel Tres. En las bandas de peatones en movimiento, no vi circular a nadie. Era lógico. Ya era una hora muy avanzada. Excesivamente avanzada, para estar deambulando por la ciudad.

Aun así, no me encontré solo en el vagón del elevado monorraíl. Había otros viajeros conmigo, dispersos en los confortables asientos tapizados de azul, y eso me confortó.

Siempre es un alivio, cuando se trabaja de noche, y en soledad, verse rodeado de personas, conocidas o no, amigas o extrañas. Sí. Conforta mucho ver otras caras, aunque estén cargadas de sueño, aburrimiento o indiferencia por todo y por todos.

Eso les sucedía a aquellos rostros. Eran máscaras de hastío, de somnolencia, de rutina. Quizá un poco de desesperación y de pesimismo. Pero yo eso no lo descubrí entonces. No todavía, ciertamente. No descubrí nada, hasta más tarde. De momento, eran sólo lo que parecían a simple vista: pasajeros del último monorraíl interurbano, que recorría la línea elevada, desde los suburbios industriales hasta el centro comercial y residencial de la Metrópolis.

La Metrópolis...

Ya estábamos en ella, en sus iníciales zonas suburbanas, de los Niveles Dos y Tres. Poco a poco, el monorraíl ascendía a los Niveles Cuatro y Cinco. Allí terminaba la ruta. El Nivel Seis era el de los privilegiados. El de los millonarios, el de los grandes magnates. ¿Para qué querían ellos monorraíles o bandas de peatones? Disponían de sus

propios vehículos aéreos, especiales. Aquellos que podían circular por la Metrópolis, con autorización especial del Centro de Tráfico. Los demás estaban prohibidos desde hacía mucho tiempo. ¿Para qué quería uno vehículos privados, si los servicios colectivos eran perfectos y regulares? Solamente los privilegiados, los que disponían de tarjeta azul de tráfico, podían manipular sus aerocars, para desplazarse a determinado Nivel, sin interferir el tráfico colectivo de los demás.

Yo no era un privilegiado. Nunca lo fui. Utilizaba mi medio de transporte colectivo, como todos. Pude haber sido uno de «ellos». Llevar mi tarjeta azul, mi aerocar. Y mi cuenta corriente, con cheques de toda cuantía, para pagar mis gastos. Pero no quise serlo. No me gustó la idea, y renuncié a ella.

Renuncié a todo. A la idea, y a la chica.

La chica...

Seguramente Ewa se quedó esperándome. Defraudada. Quizá furiosa. Tenía razón para todo ello. Pensó en ser mi mujer. Valía más que yo. Era joven, bonita, atractiva, elegante..., y rica. Sobre todo, muy rica. No debió serlo. Era el único factor en contra. Si hubiera sido diferente... Pero no. Ewa era rica. Una de aquellas privilegiadas criaturas del Nivel Seis.

Yo me sentí a disgusto entre ellos. No me gustó ser «uno del Nivel Seis», como les decían despectivamente. Renuncié. No supe cómo hacerlo. Una nota, una llamada por el visófono..., y adiós. Lo último que recordaba, eran las lágrimas de Ewa.

Me costó olvidarlo. Quizá nunca lo llegué a olvidar del todo. Pero había elegido. Y me sentía tranquilo. Conmigo mismo, con mí conciencia, con los demás... No. Yo no hubiera servido en absoluto para ser «uno del Nivel Seis». No era de ellos. No iba con ellos. No hubiese encajado entre ellos.

Me sentía liberado. Ewa era un dulce recuerdo. Una bella chica. A veces, una chica bonita debería de nacer sin dinero. Claro que ella no tenía la culpa. Nadie tiene la culpa de nacer rico o pobre. Pero ella, en lo sucesivo, seguiría pensando de modo diferente a como pensaba cuando yo la conocí.

Recordaba que una vez me dijo:

— Ray, ¿no te habrás enamorado de mí, a causa de mi dinero?

Me dolió. Me dolió mucho. No sé lo que le contesté a Ewa entonces, pero fue algo confuso y torpe que, sin duda, no la convenció demasiado. Lo cierto es que tampoco yo pretendí convencerla. No sabía por qué.

Me había dañado su concepto de las cosas. No se puede sugerir a un hombre una duda de esa clase. Se ama o se ambiciona, eso es todo. Yo amaba. Yo la amaba. Ella no lo entendía. No lo hubiera entendido en mil años, creo.

Luego, fue como una revancha. No pretendió serlo. Pero lo fue. Yo se lo dije. Se lo dije por visófono, viendo su imagen perpleja; su imagen bonita, pero aturdida, al escuchar mis palabras:

— Ewa, debiste haber sido como los demás. No haber tenido fortuna. Entonces, todo sería diferente. Así, no puede ser. Lo siento. No puede ser. Me voy. .

— Ray... — trató de empezar ella, quizá intentando entender también.

Yo no esperé a más. Colgué. Y todo terminó. Nunca supe más de ella.

De eso le valía su dinero, su Nivel Seis y todo Jo demás. Lástima...

Me acomodé en un asiento del monorraíl, tras depositar en el registro magnético del vagón mi billete plástico, que fue perforado por el control automático. El vehículo partió. Seguimos moviéndonos en la noche, sobre el único raíl a que iba adherido el vertiginoso vehículo de vagones articulados, color azul intenso.

Tras los amplios, cuadrados ventanales de los vagones, las luces de la gran urbe. Ventanas, luminosos, hileras de iluminación eléctrica, bandas luminosas de peatones en los cruces, puentes volantes para vehículos urbanos...

Miré mi reloj. Las dos y treinta y ocho minutos de la madrugada. Tarde. Muy tarde. A las nueve de la noche, prácticamente, no quedaba nadie en las calles. La vida era siempre a la luz del día. La noche era para dormir. Pero siempre había casos aislados, excepcionales. Como yo.

Y como aquellos compañeros de vagón, cuyas cabezas adivinaba, más que veía, tras los confortables respaldos azules del suave, silencioso, rápido vehículo interurbano.

Eran seis.

Seis personas y yo. Siete en un vagón. Los otros me habían parecido vacíos. Siete en total. Viajeros de la noche. De regreso a nuestros hogares. O en marcha hacia un trabajo madrugador, eso nunca se sabía.

Pulsé el botón sintonizador de radio, de mi asiento. Me apliqué los auriculares, y sintonicé la banda de sonido musical. Escuché agradable música bailable, suave y sedante siempre para una persona cansada. Me eché atrás, suspirando. Era agradable descansar. Por delante, tenía todo el largo fin de semana. Un descanso amplio. La casa, el reposo largo, la excursión, el contacto con la naturaleza, después de tanto tiempo metido entre aparatos complicados, mecanismos, registros, archivos, expedientes, controles, trabajo rutinario, exhaustivo…

Miré por el rectángulo de mi ventana. El desfile de luces, de formas lineales, de cubículos, de colmenas vivientes, cuadrangulares y asépticas, de fría luz, fría estructura, fría imaginación arquitectónica…

La Metrópolis.

Siempre la Metrópolis. La gran urbe. La ciudad inmensa, con sus decenas de millones de seres, sus distritos, sus Niveles, sus divisiones interurbanas… La masa, aplastando al individuo, los números aplastando a los nombres, las cifras y las etiquetas a las mentes y los impulsos humanos. La colectividad a la independencia. El fin del individuo, del *ego*.

Todos habíamos nacido allí. Todos debíamos resignarnos a ello. Otra cosa, sería absurdo. Había inadaptados, claro. Siempre los hubo. Todos, que yo supiera, terminaron en los Centros de Rehabilitación. Y nadie podía saber eso mejor que yo. Para algo mi sección laboral era la de Estadística y Control Ciudadano.

La marcha del monorraíl era suave, somnolienta casi, pese a su vertiginosa celeridad por las vías urbanas, entre altas torres y bloques urbanos, llenos de luz y de aséptica y fría estilización arquitectónica. Aluminio y vidrio, plásticos y aceros, eran toda la estructura fantástica e irritante de la Metrópolis.

Dentro, nosotros. Veinte, treinta millones de seres. Siempre más. Cada vez más.

Me encaminé al lavabo. Sentía sueño. Mojé mis cabellos y mi rostro, me sequé con una toallita sintética, y regresé a mi asiento. Por

el camino, pude ver a mis compañeros de ruta.

Eran seis, exactamente.

Cuatro hombres. Y dos mujeres.

Todos parecían tan soñolientos como yo. Todos, menos el hombre arrinconado en el último compartimiento. Al pasar y examinarle de reojo, me tropecé con su mirada. Fue fría y aviesa, nada amistosa por cierto. Era un hombre joven, pelirrojo y fuerte. No le presté mayor atención, pero, sin embargo, estuve seguro de que sus helados ojos azules, estaban fijos en mi nuca, mientras yo desfilaba hacia mi asiento, viendo a los demás ocupantes, bajo la luminosidad blanca, lechosa, cruda, del vagón aerodinámico, estilizado, modernísimo y liviano.

Después de él, había un hombre y una mujer en otro compartimiento, a mi derecha: una dama rubia, de ropas oscuras, ceñidas, frente a un individuo de facciones enérgicas, de aire pensativo, cuya mirada se perdía también en la distancia, en la masa luminosa de la noche, de la gran urbe.

Más allá, dos hombres más. Uno dormía tendido cuan largo era en uno de los asientos. El otro, leía un libro, pequeño y encuadernado en color rojo granate, completamente abstraído de todo, incluso de su compañero acostado en el asiento.

Y, finalmente, otro hombre. Y otra mujer.

El fumaba en silencio, la vista perdida en el techo curvo y luminiscente del vagón. Ella me miró cuando yo pasé.

— Hola — me dijo. Y me guiñó un ojo.

— Hola — respondí, con un asomo de sonrisa. Pasé de largo y me senté en mi propio y solitario compartimiento, recordando las bonitas piernas y bien formados muslos de la joven del guiño, cruzada de piernas.

Era una muchacha morena y agresiva, de cabello largo, suave, y formas sinuosas, bien dibujadas por su ceñido y breve vestuario. Posiblemente, a tales horas, no resultaba raro tropezarse con chicas como aquélla. Frívolas, livianas... Acaso con la profesión más vieja del mundo. Algo que nadie había podido desterrar de la sociedad humana, ni siquiera en las modernas planificaciones sociológicas.

La olvidé en seguida. Me sumí en mis pensamientos. El monorraíl se detuvo en otra de las estaciones de tránsito, pero nadie

subió ni bajó. Tras una breve parada, siguió adelante, con su peculiar, tenue zumbido, horadando la noche, a través de las miríadas de luces urbanas. Me adormilé ligeramente.

— Hola.

— ¿Le molesto? — y se sentó, frente a mí, sin esperar respuesta.

La estudié. Negué con la cabeza, por simple cumplido.

— No — dije —. Uno puede sentarse donde guste. El vagón es de todos.

— No pregunté eso — dijo ella —. Quería saber si molestaba.

— Ya le dije que no — la estudié. Era difícil hacerlo sin fijarse en sus bonitas piernas y sus llamativas curvas. Ella lo sabía —. ¿Va a la terminal?

— Sí. A la terminal. ¿Usted también?

— También.

Una pausa. La charla era difícil, tensa. Casi violenta. Ella no se daba fácilmente por vencida.

— Me llamo Mizar — dijo.

—Mizar… Es un bonito nombre —convine—. Suena a estrellas…

— Hay una estrella con mi nombre. Allá, muy lejos — un ademán de su mano suave, manicurada, acompañó su frase.

—Sí, lo sé —admití—. Una estrella doble… Muy hermosa, además.

—¿La estrella? —sonrió ella, enarcando las cejas.

— Y usted — me vi obligado a decir.

— Gracias — hizo un ademán — . ¿Sabe una cosa? Nunca estuve en la ciudad.

— ¿No? — enarqué las cejas, mirándola —. ¿Es la primera vez?

— Es más que eso. El primer día — rió luego, frívolamente—. Bueno, la primera noche…, si queremos ser exactos.

— Entiendo. ¿Acaba de llegar?

— Sí. De muy lejos — suspiró, moviendo la cabeza — . La ciudad... La gran ciudad... Siempre nos atrae. Como la luz a las mariposas. Todos tenemos algo de mariposas.

— Las mariposas se queman las alas en el fuego — comenté fríamente.

— Espero que eso no me suceda a mí — rió de buena gana ella — . Me gustaría quedarme aquí, a pesar de todo.

— ¿Para qué? — me encogí de hombros.

—¿Para qué? —ella abrió mucho sus ojos — . Bueno, es... es hermoso vivir en un sitio como éste. La mayor ciudad del mundo...

— No crea que es hermoso — bostecé —. Es irritante. Cansado. Molesto. Absorbente. No, no es nada hermoso. Daría algo por volver al campo, por ver algo verde y algo azul, que no sea artificioso.

— Es gracioso... Yo estoy harta del verde de la campiña, del azul del cielo... Quiero algo diferente. Algo fascinante, lleno de emociones, de angustia incluso...

— Fascinante, lleno de emociones, de angustia... — sacudí la cabeza — . Sí. Hay angustia aquí. Mucha angustia. Pero eso es todo. Lo demás..., no sé si estará en alguna parte. Lo dudo mucho.

— Una vez estuve en una pequeña ciudad, en Greenfield Town. No llegaba al millón de habitantes. Casi una aldea. Me gustó.

— Una aldea... — sonreí — . Hace menos de medio siglo, una aldea era algo con menos de mil habitantes. Ahora, es con menos de un millón. ¿Adónde iremos a parar?

— ¿No le gusta a usted Metrópolis?

— No — miré al exterior, hastiado —. No me gusta. En absoluto.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Es demasiado grande, demasiado poblada...

— Dicen que en breve plazo, tendrá al menos diez millones más de habitantes —declaró la muchacha, con ojos brillantes de gozo, como si aquello fuese una gran noticia.

— No lo dudo — murmuré —. Y un día, será el mayor cementerio jamás conocido...

—¿Cómo dijo?

— No, nada — hice un gesto evasivo — . No vale la pena hablar de ello, Mizar. Hablemos de usted, por ejemplo. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

— Vivir.

— ¿Vivir? En cualquier parte se vive.

— No como aquí.

— Eso, lo creo — reí entre dientes, irónico —. Aquí mi querida Mizar, no se vive. Uno pasa a formar parte de una densa comunidad que se agobia, se fatiga, se despedaza mutuamente, en la lucha cotidiana por llegar más arriba, por aplastar al que queda abajo, por ser algo o alguien...

—Es evidente que esto no le gusta. Es más: odia a la ciudad.

—¿Odiarla? —hice un gesto indeciso—. No sé... Tal vez sí. Sería difícil juzgar... Pero usted, algún día, odiará cuanto le rodea. Se sentirá asqueada de todo y de todos. Y entonces será tarde. No podrá salir de esta hermosa trampa de luz, de edificios, de vida, de lucha, de indiferencia.

—Casi me está asustando... —rió ella, frívolamente, encendiendo un cigarrillo — . ¿Tan malo es todo?

— Es peor aún. Hubo un tiempo en que se pensó que las ciudades terminaban, vencidas por su misma expansión y superpoblación. No fue así. Todo continuó igual. Y crecieron las ciudades, más cada día.

— Sobre todo, Metrópolis.

— Sí. Sobre todo, Metrópolis...

Nos mantuvimos en silencio unos momentos. Afuera, desfilaba el paisaje velozmente. Un paisaje vertical, lineal, hecho de masas de luz y sombra, de bloques y de vías aéreas. Metrópolis, inmensa y colosal, centro urbano de mayor densidad mundial. Todo un símbolo de la época. Miré de soslayo a Mizar.

Una bonita chica, llena de ilusiones. Y falta de escrúpulos. Sin duda, escalaría algunos peldaños en la dura escalera de la vida. Luego, la caída sería peor. Como siempre.

Me dio lástima. Había muchas cosas y personas que, últimamente, me inspiraban lástima. Pero yo no podía remediar aquello. Yo no podía evitarlo. Yo era solamente un número más, un ciudadano gris, perdido en una masa increíble, arrolladora, hormigueante.

Volví a sentir somnolencia. Cerré los ojos.

— Yo tampoco le gusto, ¿verdad?

Su pregunta me sorprendió. Me despabilé. La miré, perplejo. Sacudí la cabeza, desorientado.

— ¿Usted? No, no he pensado en ello siquiera.

— Soy una mujer. Joven. Y con encantos — dejó resbalar significativamente sus manos por las piernas bien formadas, por sus caderas. Me estudió agresiva —. ¿O no?

— Claro — suspiré —. Metrópolis está llena de chicas como usted. Unas llegan muy alto. Otras no tienen suerte.

—Yo no preguntaba eso. Le pregunté si le gustaba.

— ¿Eso importa? — sonreí — . Soy solamente un número entre millones y millones de ellos. Mi opinión no creo que cuente...

— Contará..., para mí, y me miró desafiante, irguiendo su torso agresivo.

Respiré hondo. Tenía *sexy*. Tenía muchas cosas que eran un aliciente de primer orden para un hombre, incluso cansado o somnoliento, como yo en esos momentos.

— Bueno, me gustas — admití con franqueza — . Me gustas, como me gusta toda chica que valga físicamente lo que tú vales. Pareces una profesional. Y no te ofendas.

—*Soy* una profesional. No me ofendo —dijo con cierta frialdad.

Y se cambió, dejándose caer en el asiento, a mi lado Su muslo rozó el mío. Su brazo rodeó mi hombro, insinuante. Sentí el aliento de su boca, entreabiertos sus labios muy cerca de los míos.

— Pues aun así, pareces una ingenua. Tienes dulzura, encanto, algo especial... —sacudí la cabeza—. ¿Eso te ofende acaso?

— Un poco — admitió con suave risita, acercando si boca y su cuerpo a mí — . Me ofende, sí. Pero no me disgusta. Quiero ser

diferente para los hombres que puedan gustarme. Agresiva, sensual, fascinadora...

Era una difícil situación. Yo estaba a punto de ceder

Entonces se detuvo, con un suave chirrido de frenos, el monorraíl. La voz mecánica de a bordo, avisó, monocorde a los escasos viajeros:

«Hemos llegado, señores viajeros. Final de trayecto. Estación Término de Metrópolis. Esperamos hayan tenido un buen viaje. Gracias, señores...»

Me aparté. Me incorporé. Ella, me contempló, desilusionada. Casi despechada.

— Lo siento — dije — . Hemos llegado.

— Sí, hemos llegado — suspiró, resignada. Sus ojos oscuros brillaron—. Me dijeron que hay un club nocturno, cerca de la Terminal...

— No — negué — . Voy a casa. A dormir. Adiós, Mizar. Suerte. Mucha suerte en la ciudad...

Me apresuré a tomar mi maletín y encaminarme a la salida del vagón. Ya los demás pasajeros hacían lo mismo, salvo el que dormía tendido en el asiento azul. El hombre que leía el libro pequeño y rojo, le golpeó suavemente.

— Hemos llegado — dijo con voz sorda.

El dormido tartajeó algo entre dientes. Se incorporó, bostezando. Se desperezó, con muy escasa educación, pero nadie le hizo caso. De madrugada, nadie hace caso a los demás, por regla general. Y menos en Metrópolis.

Salimos al andén elevado. Nivel Cinco, Zona Residencial Urbana. Así era todo allí. Luego venía la división: Sector Norte, Sur, Este, Oeste... Y la subdivisión: Bloque Uno, Bloque Dos, Bloque Tres... Y así, hasta el infinito. O casi.

Hacía frío. La madrugada era algo más que fresca. Soplaba un aire seco, casi gélido. No había papeles ni suciedad en las asépticas avenidas de los diferentes Niveles urbanos. Nada se llevaba aquel aire violento, a ráfagas. Pero me sentí aterido, más por falta de descanso que por auténtico frío. De cualquier modo, la temperatura era baja. No lo sería bajo los infrarrojos de las vías urbanas para peatones, ni en las

viviendas de aire acondicionado. Eso me hizo bostezar, hundiendo las manos en los bolsillos. Eché a andar andén adelante, hacia los accesos a las vías urbanas para peatones.

Tras de mí, los restantes viajeros se iban dispersando, como ocurre en todos los trayectos. Especialmente, en los que se hacen a altas horas de la noche, con escasos compañeros en los vehículos...

El reloj luminoso de la Terminal, marcaba las tres de la madrugada. No me sorprendió el silencio, ni la ausencia de personal en la estación final de trayecto. Era lo propio de la hora. Acostumbraba a dejarse a las máquinas, a los controles automáticos, el orden en la tarea de los trenes de madrugada. Las oficinas eran sólo rectángulos de vidrio escarchado y fría luz azul. Como algo impersonal. Como si detrás de esos cuadros de luz en la noche, no hubiera nada animado, nada humano, salvo controles, computadoras, mecanismos fríos e inexorables.

No. La ciudad no me gustaba. No podía gustarme. Nunca me había gustado. Ahora, menos que nunca. Cada vez menos. Echaba de menos todo lo que Mizar, la «profesional», había dejado atrás con hastío: un retazo de luz, unos retales de verde de césped, una arboleda, un río, una fuente natural, rumoreando entre peñas.

Descendí en la banda magnética, hacia el Nivel Residencial. Detrás mío lo harían los demás. De soslayo, allá lejos, a mi espalda, vi a Mizar, exhibiendo sus bonitas piernas: al hombre somnoliento, al del librito rojo, a la dama rubia, al hombretón fornido y pelirrojo, y al último viajero, un hombre con gafas oscuras, que renunciaba sin duda a las lentillas de contacto que todo el mundo llevaba. Las gafas eran algo desfasado ya. Pero si a él le gustaban, nadie le iba a discutir su criterio. A eso no había llegado aún la esclavización paulatina del hombre al sistema. Pero todo se andaría.

Llegué a la Avenida Mil Ciento Dos-Sur. Mi avenida. Allá al lado, estaba mi calle. La Residencial-Seis-Mil Cuatrocientos Veinte, con sus noventa bloques de viviendas perfectamente organizadas y alineadas. Sobre todo alineadas. Éramos un mundo de alineados. Alguna vez, lo seríamos de alienados, que se parece, pero no es igual.

Me paré en la amplia acera deslizante, de monótona marcha. Salté a la acera de asfalto y miré a los edificios. Sonreí. Como siempre, el bar de Topper estaba abierto.

Su luz era visible. Se percibía su musiquilla eléctrica, saliendo de las puertas iluminadas. Como siempre. Como cada noche. Allí me

detenía a tomar una copa, de no sentir excesivo sueño. Luego, me iba a casa.

Esta noche, tenía frío. Más frío que sueño. Decidí tomar mi copa habitual. Me detuve ante ¿u muestra luminosa, parpadeante en la fría y silenciosa noche. Ni un peatón. Sólo yo, como en el viejo cuento breve de Bradbury, pensé, irónico, evocando el concepto que los antiguos tenían del futuro..., y que, por desgracia, sin ser tan pesimista, no distaba mucho de la visión de los que se consideraron «anticipadores» de nuestro tiempo.

Pocos peatones. Casi ninguno. Urbes grandes, inmensas, casi infinitas, abominables y mastodónticas. Como se había previsto. Como se temió durante siglos. Los hombres somos tan estúpidos como para caer justamente en aquellos defectos que pretendemos combatir y prever. Así somos nosotros.

La música sonaba con fuerza en la gramola de Topper. La luz era un constante pestañeo de color, derramándose sobre la acera y sobre mí. Una nota de vida en la madrugada silente. Miré a ambos lados. Curioso. Tan grande era la ciudad, tan varios sus caminos. Todos mis compañeros de viaje habían desaparecido.

Estaba solo. Yo solo.

Empujé la puerta vidriera y entré.

Me acogió el ambiente cálido del local, la música de la gramola, con sus parpadeos de luz y color. El largo mostrador con luces rojas y verdes, las botellas, copas y vasos. Y al otro lado, las mesas y asientos confortables, todo en hilera, hasta el fondo, bellamente decorado, aunque demasiado frío, como todo el arte de mi tiempo.

Cosa rara. No había nadie.

Nadie. Ni siquiera Topper, *barman* y propietario del local. Ni nadie como cliente. Ni camareros. Todo vacío, pese a sonar la música.

Me apoyé en el mostrador. Llamé:

— ¡Eh, Topper! Tengo sed. Y sueño también...

Habitualmente, si no estaba en el mostrador, cosa rara en él, salía disparado a atenderme. Si había algún cliente, le llamaba también. Y, en último caso, estaba su camarero, Max, para atender al cliente o para requerir a su jefe.

Tampoco estaba Max ahora. Me moví hacia el fondo. Volví a

llamar. Nada. Nadie. Ni caso. Empecé a irritarme. Rodeé el mostrador. Me serví yo mismo. Bebí. Sacudí la cabeza, gritando:

— ¡Eh, Topper! ¡Te dejo el dinero aquí! ¿Dónde diablos te has metido? — llamé, dejando una moneda encima del mostrador.

Siguieron sin responderme. Salí a la calle, maldiciendo a Topper. Fui caminando hacia casa. Estaba cerca. Muy cerca. Llegué pronto. Me detuve en la puerta, ya con el dedo sobre el pulsador, para entrar en ella franqueándome el acceso automático.

No llegué a hacerlo. Giré la cabeza. Miré el bar de Kitty. Muy cercano. De mala nota. Kitty era una mujer sin prejuicios. Sin ningún prejuicio. Su clientela, tampoco. Sonreí. Estaba disgustado por el acre silencio de la cantina de Topper. Fui hacia allá. La última copa, esta noche, sería en el local de Kitty. Ella tenía gente hasta casi las cinco. Chicas, en su mayoría. Mucho más profesionales que Mizar. Mucho más complacientes. La propia Kitty lo era. Al menos, conmigo.

Las vidrieras de colores eran opacas. Siempre lo eran en sitios de mala nota. Lo han sido desde tiempo inmemorial. Si algo no desterró ni desterrará jamás el hombre de la faz de su mundo imperfecto, es la existencia de cosas así. Las leyes las prohíben. Pero de eso a que no existan...

Entré. Me quedé sorprendido.

El local. Las luces, la íntima barra, las mesas... Incluso copas a medio servir, vasos con combinados, platitos con alimentos... Y música. Música ruidosa, estridente, en una reproductora eléctrica. Y el mostrador, con las botellas, los grabados eróticos...

Todo eso, sí. De gente, nada. Ni Kitty. Ni una mujer. Ni un cliente.

Nadie.

Por segunda vez en pocos instantes..., *nadie.*

Y empecé a preocuparme.

CAPÍTULO II

Recorrí todo el local. Incluso hasta sus reservados, su almacén, los lavabos. Todo.

El mismo resultado. Ni un solo ser viviente. Ni señal de ellos.

Regresé al bar, con sus luces cambiantes, su estridente música. Miré en torno, perplejo.

— ¿Qué ha sucedido? — me pregunté —. ¿Dónde está todo el mundo?

Recordé algo. Tuve un leve escalofrío.

No había visto a *nadie* todavía. Solamente nosotros. Los viajeros del monorraíl. Seis personas y yo. Dos mujeres. Cuatro hombres. Cinco conmigo. Era todo. Servicio automático en la Terminal. Luces en las oficinas. Bandas de peatones en movimiento. Luces en los edificios. Pero ni una persona en la estación, en las calles, en las bandas móviles, en el local de Topper, en el bar dudoso de Kitty...

— Tiene que ser casual — me dije, siempre en voz alta, hablando conmigo mismo, para hablar con alguien — . Una coincidencia.

Pero no dejaba de ser una coincidencia rara. Muy rara. Una casualidad poco razonable.

La Metrópolis tenía un número elevadísimo de millones de habitantes. La noche, la madrugada, era siempre solitaria, siempre silenciosa. Conforme en todo eso. Pero de ahí a no haber nadie, ni

siquiera dentro de locales abiertos, con luces, con las consumiciones como abandonadas en las mesas y mostradores…

Sacudí la cabeza. Era ridículo imaginarse cosas, claro. Además, ni siquiera podía imaginarme nada. Pero… ¿qué sucedía?

Salí del local de Kitty. Caminé hacia mi casa. Me detuve en la acera. Encendí un cigarrillo. Miré alrededor, pensativo.

Nadie, por supuesto. Ni un peatón. Como en el relato de Bradbury. Como en las historias de ciencia ficción. Como en una pesadilla…

No era una pesadilla, sin embargo. Era la vida. Mi vida. La vida de la ciudad. La vida de todo y de todos. Eso no se paraliza así, de repente. Suavemente. Calladamente. Sin violencia, sin caos. Ni siquiera se podía pensar en un éxodo, en una evasión, en una súbita y absurda emigración urbana. Eso no se hace sin ruido, sin confusión.

Y allí no había nada confuso, nada desordenado. Todo estaba bien, fríamente correcto. Sólo fallaba un elemento: el humano. Un factor: los seres vivientes, los habitantes de la ciudad.

De repente recordé algo. Me eché a reír, sacudiendo la cabeza.

— Creo que ya lo tengo — dije, burlándome de mí mismo y de mis ingenuos, casi infantiles temores.

Busqué en mis bolsillos. Lo tenía por allí. Lo extraje, contemplándolo. Leí el titular de la cubierta del pequeño librillo azul:

«Instrucciones de emergencia para
un ataque nuclear o espacial»

La Junta Metropolitana de Defensa Civil lo había editado hacía tiempo. Desde entonces, en dos ocasiones, sin previo aviso, se realizaron simulacros de ataque destructor. Ordenadamente, las gentes habían acudido a los gigantescos refugios atómicos situados en el subsuelo, muchas yardas por debajo de la superficie urbana.

Eso había sido todo. Un simulacro. Un ensayo de ataque nuclear. Siempre se quedaban desiertas las ciudades cuando ocurría tal cosa. Así había sido también esta vez. Simple y elemental explicación que debería habérseme ocurrido. Trabajando fuera de la urbe, en mi aislamiento total del exterior durante las horas de tarea, no había

sabido nada de ese simulacro. Tampoco mis escasos compañeros de viaje.

Guardé mi manual de emergencia. Eché a andar hacia' uno de los próximos accesos a los refugios nucleares, abiertos a todas horas. No debía continuar en la calle, o sería sancionado por algún coche patrulla de la Defensa Civil o del Control Militar.

No encontré a nadie en mi camino, lo cual ratificó mis lógicas deducciones. Alcancé el acceso, como a los viejos trenes subterráneos, donde un luminoso señalaba:

«Refugio nuclear. Acceso»

Bandas metálicas, silenciosas, en movimiento, descendían a las profundidades realmente impresionantes donde la población en masa podía buscar refugio, en ocasión de una alarma auténtica o fingida,

El descenso era lento y largo. Estaba medido así para evitar aglomeraciones, atropellos y confusiones. Había varias bandas de gran amplitud, que aún se ensanchaban más en el subsuelo, crudamente iluminado, con numerosos puntos donde recoger, de máquinas automáticas, alimentos, ropas de abrigo y cuanto precisara una ciudad en forzado encierro. Por encima de mi cabeza, grandes planchas metálicas, de protección antiradiactiva, esperaban a ser ajustadas en las aberturas, apenas se cumplieran las previsiones de emergencia, cerrando todo posible paso al peligro termonuclear.

Alcancé el primer Nivel de refugios. El luminoso marcaba claramente en verde: «Plazas libres». Caso de llenarse, indicaría en rojo que estaba completo, y el refugiado seguiría su camino, en la banda móvil, hacia el Nivel inmediato inferior. Y así sucesivamente.

Me detuve en una plataforma circular. Avancé hacia los accesos, herméticamente ajustados, pero que se abrieron al detenerme yo ante ellos. Iba a entrar, cuando me detuve en seco, sorprendido.

No había nadie. Absolutamente nadie.

* * *

En los demás Niveles sucedió igual.

Regresé a la superficie, con la mente convertida en un caos de confusión.

Me detuve en la ancha acera vacía, en la inmensa calle lineal, casi infinita, entre cubículos de viviendas, Miré en torno mío, la tremenda desolación nocturna. La esfera luminosa de un reloj marcaba las tres y cuarenta y cinco minutos de la madrugada.

No tenía sueño. Ya no.

Había cosas más importantes que el sueño. Más inquietantes. Más apremiantes también.

No podía ir a mi casa y acostarme tranquilamente, en un barrio vacío. Quizá..., en una ciudad completamente vacía.

— No tiene sentido — me dije. Y sólo repetía algo que me había estado diciendo todo el tiempo, desde que abandoné los refugios contra posibles agresiones nucleares o de otros espacios. No tiene *ningún* sentido...

No. No tenía sentido. Ni razón de ser. Ni la más leve lógica. Era completa, totalmente absurdo, visto desde cualquier ángulo posible.

Yo..., solo.

Solo..., en una ciudad de millones y millones de seres. En la mayor ciudad del mundo. En la Metrópolis...

— Imposible — rechacé — . Ha de haber alguna explicación. Sólo ocurrirá en este sector, por una causa que ignoro aún. Quizá contaminación, quizá algo imprevisible...

Había modos de enterarse de ello. Me dije que era un estúpido, por no haber pensado antes en la más simple todas las soluciones.

— Ahora lo haré — dije — . Ahora llamaré...

Alcancé una cabina de visófono. Marqué un número conocido de todos: el de información urbana.

Se iluminó la pantalla. El teléfono emitió un sonido zumbador en mi mano. Por el auricular, llegó una voz monocorde:

— Información. Le escucho. Información. Le escucho.

En la pantalla, la bonita cara de una chica rubia, sonriente y

amable. Su voz era dulce, apacible, casi sedante.

— Esta zona está desierta. No veo a nadie. ¿Qué sucedió?— mascullé, roncamente, con nerviosismo.

El rostro bonito seguía sonriendo. La voz sonó en m oídos:

— Lo siento. No estoy programada para responder. Lo siento, señor. Lo siento…

Maldije entre dientes, furioso. Debí imaginarlo. Colgué malhumorado. Simplemente una grabación. Una computadora, junto con la filmación de un rostro de mujer. Respondía preguntas simples, interrogantes vulgares, como informar sobre asistencia clínica urgente, policía, suceso y cosas así. O le daba a uno la hora, el boletín informativo del último momento, y todo eso.

No estaba programada para responder. La sonrisa estereotipada de la bonita rubia, se borró en la pantallita. Volví a llamar. Ahora el Centro de Control Urbano. Esperé.

Otro rostro en el visor. Esta vez, un hombre de grave aspecto. Respiré hondo. Era agradable ver a alguien. El Centro de Control jamás utilizaba grabaciones. Al menos, no las había utilizado nunca. Estaba, ¡por fin!, hablando con alguien real, vivo, existente, como yo mismo, en la ciudad de vacía apariencia.

— Centro de Control Urbano — habló con tono reposado — . Espero su petición.

— Está sucediendo algo horrible — dije — . Estoy solo. Completamente solo en mi distrito. No hay nadie aquí. Me siento asustado. Este es el Nivel Cinco, Zona Residencial. Sector Norte, Bloque Tres… Los bares están abandonados, los servicios vacíos, no se ve un alma viviente. Por Dios, deme información. Soy Ray Mantell, de Estadística y Control Ciudadano. Número de identificación 897.340.003 Letra R. Preciso salir de dudas, o me volveré loco.

Hubo un silencio en el visófono. La faz en la pantallita me contempló, perpleja, callada. Al menos, era una respuesta humana, una reacción *viva,* aunque fuese la de un hombre en un simple proyector de televisión telefónica.

La voz llegó del auricular, con el mismo tono reposado y grave:

— Lo lamento. No hay información sobre eso. Carecemos de datos. No existe respuesta grabada. Buenas noches.

Se apagó la imagen. Y el sonido.

Sentí un escalofrío de horror, de exasperación, de abatimiento y de ira.

¡Otra grabación! Ellos, que nunca grababan nada..., salvo en una emergencia total.

¡Emergencia total!

La idea era espeluznante. Una emergencia total solamente podía responder a una guerra nuclear, un cataclismo de proporciones mundiales, una epidemia mortal sin posibilidad de defensa contra ella, y cosas así.

Y allí..., allí no parecía suceder nada.

¿O había sucedido «ya»?

Pero ninguna fuerza conocida, provocada por el hombre, por la Naturaleza o por cualquier otro origen, conocido o desconocido, puede destruir solamente a los seres vivos, y dejar intacto el resto de objetos y de formas materiales, sin la más leve huella de violencia, de confusión, de caos...

Aferré mi cabeza con ambas manos. Estaba realmente asustado. Aterrorizado, sería mejor decir. No hay nada que aterrorice más que lo que no se entiende, lo que no sí explica por ningún medio lógico o conocido.

Estaba necesitando una copa, por todos los diablos Corrí como un loco hacia un bar, el de Kitty otra vez Entré casi con violencia. La música estridente sonaba con insistencia. Todo continuaba igual. Todo quieto, todo desierto, todo apaciblemente abandonado por quienes lo disfrutaron alguna vez.

Aferré una botella. Me serví una copa, apurándola de un trago, y eso no me conformó. Llené otra. La llevé a mis labios.

Detrás de mí, hubo un roce, un movimiento. Una voz sonó, a poco de abrirse la puerta, con el más grato sonido que jamás oyera antes:

— Hola, encanto... ¿Me invitas a una copa?

Me volví. Por fin...

—¡Por fin, un ser humano! —casi grité, emocionado, trémulo.

Y contemplé a la chica, avanzando hacia mí, frívola y sinuosa, cimbreando sus formas. Sonriéndome invitadora. Como sonríen todas las de su clase.

* * *

Después la reconocí.

— Usted... — mascullé, desalentado — . Tú...

— ¿A quién esperabas? — sonrió Mizar, mi compañera le viaje en el monorraíl interurbano. Miró a su alrededor — . Creí que la gente, en la Metrópolis, era más trasnochadora. No veo a nadie...

—¿Tú... tú tampoco? —musité—. Cielos, llegué a creer que todo era producto de mi imaginación... Que había empezado a volverme loco.

Le tendí la botella y una copa. Ella lo tomó, mirando alrededor.

— ¿Dónde se mete la gente? — preguntó.

— No lo sé — murmuré — . Ando preguntándome eso mismo desde que abandoné el tren.

—¿Ni siquiera están los empleados, los dueños...?

— Nadie. ¿No has visto a alguien, antes de llegar aquí? — me acerqué a ella, oprimí su brazo, causándole dolor —. ¿Alguna voz, alguna persona, algún ruido, algo viviente...?

— Nada — negó ella, sirviéndose en la copa —. Ni un alma. Ni un perro o un gato. Nada.

Perros y gatos. Era curioso. Tampoco yo los había visto. Por ninguna parte. Y siempre hay algún vagabundo en la noche. Incluso hoy día, en nuestras urbes super modernas.

No había nada *viviente* a la vista..., excepto nosotros.

Pero ya era algo. La miré con un alivio, con una alegría que nunca hubiera imaginado. Ella bebía un buen trago. Se había sentado en un taburete del mostrador. Si piernas cruzadas eran todo un bonito espectáculo, pero tenía algo más importante en que pensar.

— Tiene que suceder algo — dije roncamente — . ¿Pero… *qué?*

—Supongo que será fácil averiguarlo. La policía...

—La policía... —sacudí la cabeza—. No lo creo, Mizar.

— ¿No?

— No. He llamado a dos puntos. Me respondieron con frases programadas en computadoras. Naturalmente, sin explicar nada. No están previstas esas explicaciones, es evidente.

— ¿Entonces...?

— De todos modos, tienes razón. Llamaré a la Central de Policía. Si ellos no responden personalmente..., no se ya qué pensar...

Fui al visófono del bar. Eché una moneda y llamé. En la pantalla se formó una imagen. La de un agente, con el número telefónico de la policía al fondo.

— Central de Policía — dijeron — . Hable, por favor.

— Es urgente — dije — . Una emergencia.

— Bien. Servicio de emergencia. Hable.

— Quiero saber si me responde un ser humano o un computadora. Es importante.

El rostro del policía siguió inexpresivo. Hubo un silencio. La pregunta, sin duda, era desconcertante para quien comunicaba conmigo. Luego, llegó la respuesta dificultosa:

— Está usted escuchando una grabación computada.

Informe y será transmitido urgentemente al Departamento que corresponda...

Colgué, con ira, dando un golpe violento al auricular. Se borró la imagen filmada. Me volví, exasperado.

— Imposible — dije, con desaliento — . Computadoras. Sólo eso...

— Pero... ¿por qué? — Mizar empezaba a sentir miedo. Tenía sus bonitos ojos claros muy abiertos, fijos en mí.

— Si yo lo supiera... — me encogí de hombros — . Vamos. Hay que salir de aquí, ir a alguna parte.

La tomé de la mano. Salimos del bar de Kitty. Ella se dejó llevar, perpleja.

— ¿Adonde, querido? — quiso saber.

— A cualquier parte. Fuera de este distrito. Espero que tengamos más suerte. Buscaremos. Buscaremos endiabladamente, en busca de alguien más. No podemos estar solos. Eso es importante. Metrópolis tiene decenas de millones de habitantes. Aquí se está solo, rodeado siempre de una muchedumbre indiferente..., pero no del silencio y la soledad.

Salimos. Corrimos calle arriba, hasta tomar una banda móvil para peatones. Nos dejamos deslizar en la de más velocidad, hacia el Nivel Cuatro. Las luces radiantes del Sector de Espectáculos, nos recibieron, con sus miríadas de luces parpadeantes, los guiños de los luminosos de teatros, clubs nocturnos y salas de diversiones, e incluso con la música y el bullicio de una feria cercana, donde se anunciaban toda clase de atracciones.

Era la única zona de la ciudad donde se mantenían locales abiertos durante la madrugada. Y aun así, estaría ya a punto de cerrar todos. Era muy tarde.

Me acerqué a las taquillas de los teatros y clubs no turnos. Todas cerradas. Todas sin taquilleras. Era lógico. El *show* estaría a punto de terminar. O habría terminado.

Sin embargo, tampoco había porteros. Miré a Mizar ante el Burlesque 3000. La tomé de una mano.

—Vamos dentro —dije.

— ¿Gratis? — se sorprendió ella.

—¿A quién quieres que paguemos el ticket? —sonreí agresivo.

Y entramos.

Había luz en el escenario. Y un decorado brillante, esplendoroso. El patio de butacas era amplio, semicircular. Tapizados de rojo los asientos. Aire fresco, aséptico desinfectado.

Nada más. Ni actores, ni coristas..., ni público.

Ni tan siquiera acomodadores. Me estremecí. Creo que también Mizar, la provinciana. Pero ella encontró una plausible justificación que no carecía de lógica.

—Debieron terminar —señaló—. Ya no queda nadie

— Sí — admití, lleno de dudas — . Pero, ¿y las luces?

— A veces, se apagan más tarde. O se olvidan de ello.

Demasiado casual, pensé. Pero posible también, aunque no probable. Me así a la posibilidad como a un clavo ardiendo.

— Puede ser — admití — . Vamos a otro.

— Ocurrirá igual en todos — me anticipó ella.

Y tuvo razón, maldita sea. El club nocturno inmediato aparecía vacío. Desierto, sin gente. Con luces. Con música ambiental, difundida por un equipo de reproducción. Nadie actuaba. Nadie bailaba. Nadie bebía. Había copas, botellas de champaña, vasos de combinados, incluso bandejas de sandwiches sin empezar. Los toqué. Tiernos, comestibles. Sólo que no había quien los comiera. Solamente Mizar o yo. Y creo que ninguno teníamos el menor apetito.

Nos miramos. La chica estaba asustada. No era para reprochárselo.

—Y ahora... ¿adónde? —quiso saber ella.

Miré atrás. La música de *carrousel* de la feria, llegaba hasta nosotros al salir del club. Sus luces parpadeantes eran un atractivo. Los altavoces mezclaban la musiquilla ramplona y fácil, con voces estentóreas, llamando a las diversas atracciones:

«¡Vean, vean! — gritaba una voz — . ¡El Túnel del Amor, la magia de un encanto del pasado, para los que aún creen en el romanticismo!»

«¡La gran atracción exótica de Miss Planeta! —gritaba otra—. ¡Nadie como la mujer elegida reina de la belleza en Base-Luna, con su arte inimitable!»

«¡Un simple ticket, y conocerán los misterios de la mente humana, dentro de la Cámara de la Imaginación! —voceaba otro — . ¡La mayor atracción de todos los tiempos! ¡Vea y sueñe lo que quiera...!»

Y un *carrousel,* y unos bólidos en una pista aérea luminosa, y unas burbujas flotantes, en cuyo interior podía uno beber o bailar, flotando sobre la feria, dentro de luminosas esferas cristalinas...

Entramos en la vorágine carnavalesca de la feria. Luces, música, movimiento…, pero nadie alrededor. Ni público, ni voceadores, ni empleados, ni artistas…

—Van a cerrar —dijo Mizar—. Ya no hay gente. Los empleados se retiraron, dejando sólo el reclamo grabado. No puede ser otra cosa, entiéndelo, querido.

Yo no estaba tan seguro de eso. Me detuve ante una caseta de tiro con fusiles electromagnéticos y blancos en relieve, sobre una pantalla panorámica. Probé uno, dos, tres. Hice varios blancos. Nadie me cobró. Nadie me entregó premio alguno. La caseta de tiro seguía funcionando. Sin nadie. Para nadie.

— Es desesperante — me volví, sudoroso, a Mizar. Sin duda, las luces de la feria, debían de dar un brillo intenso a mi epidermis mojada. *Tiene* que haber alguien en alguna parte…

— Sí, pero, ¿dónde? — quiso saber ingenuamente Mizar.

Maldito si tenía respuesta a eso. Me limité a encogerme de hombros, a caminar por entre barracas, atracciones, luces, en el ambiente multicolor de las moderna ferias, todo metal, vidrio, luz, música…

La hice entrar en el Laberinto de Espejos, en la Cámara de la Imaginación, en el Túnel del Amor, con su cama artificial, de agua coloreada, sus bellas luces, sus serenatas de románticas melodías, su aire de cuento de hadas.

Nada. Nadie.

— Es… ¡es exasperante! — rugí, golpeando una vidriera iluminada, con repentino furor.

La hice añicos. Mis nudillos sangraron. Los cubrí con el pañuelo. Mizar fue rápida a atenderme. Me miró, tiernamente.

— Vámonos — musitó — . Vámonos de aquí, querido. Seguro que la feria terminó ya…

Y como si le dieran la razón, las luces comenzaron a apagarse. Todo quedaba silencioso y oscuro, en torno nuestro. Luminosos, focos, música, tintineo de *carrousel*… Todo acabó de repente.

Nos vimos entre atracciones oscuras, en un alegre dédalo de atractivas edificaciones abandonadas. También los teatros, los clubs nocturnos, todo se oscurecía en el Distrito de Espectáculos. Quedó la

fría, azulada luz de las calles. Y nosotros en ellas. Sólo nosotros…

—Vamos… —musité, contemplando la sangre de mi mano—. Vamos, Mizar…

— ¿Adonde ahora? — quiso saber ella.

— No sé… — murmuré — . A casa, supongo.

—¿A casa?

—Mi casa, sí —afirmé, ceñudo—. Tengo una bonita vivienda de soltero… Cómoda, confortable…

— ¿Vives solo? — se interesó la provinciana, mirándome significativa.

— Sí — asentí — . Con un pequeño compañero, mi gato «Dux»… ¡«Dux»! — aullé de repente.

— Eh, ¿qué te ocurre ahora? — se asustó ella.

— «Dux»… Mi gatito… *¡Tiene* que estar en casa! El sí…

— Claro — sonrió Mizar — . ¿Por qué no? Si no escapó por los tejados…

— No. El nunca escapa por los tejados — negué. Repentinamente, me sentía inquieto, asustado ante la posibilidad de que tampoco en mi casa hubiera ser viviente alguno. «Dux» era solamente un gatito, yo le tenía profunda estima, pero… no era eso. No era sólo por «Dux». Era por algo más. Por mucho más.

Si él…, si él tampoco estaba… No quise ni pensar.

Regresamos al Nivel Cinco. A mi Zona Residencial. La larga avenida familiar, las calles familiares… Y mi casa. Mizar se detuvo en la entrada. Me miró, aprensiva.

— Ni siquiera sé tu nombre — dije — . Y vas a meterme en tu casa…

— Ray — dije — . Ray Mantell. Vamos, entra.

— Pero yo soy una desconocida, para ti.

— Olvida eso. Eres una compañera. Una buena chica. Entra. Te necesito. Estoy solo ahora. Más solo que nunca. También tú. Ya lo has visto. Nos necesitamos amigos, al menos, hasta que veamos a alguien

más…

— Entiendo — me miró, pensativa. Sonrió y afirmó, oprimiendo mi mano herida —. Vamos. Te acompañaré, menos, seremos tres: tú, yo…, y tu gatito «Dux».

Esperé que tuviera razón. Subimos a mi piso en tubo elevador. Cuando entramos, encendí todas las luces. Cerré la puerta del alojamiento. Dejé a Mizar en un confortable asiento flotante. Busqué a «Dux».

Los gatos tienen costumbres fijas. Sabía dónde encontrarle a estas horas.

Pero no lo encontré. Ni allí, ni en ninguna parte. Caminé, abatido, hacia Mizar. Ella me miró, inquieta.

— ¿Qué ocurre, Ray? — indagó.

— No está — dije — . «Dux» no está.

— Se habrá ido. O andará escondido. Aparecerá, ya lo verás… — dijo, apretando sus labios sensuales, mirándome con ojos que tenían un extraño e incierto brillo.

— No — negué — . No aparecerá. Ni él ni nadie.

— ¿Cómo? — se asustó — . ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir, que creo que estamos solos. *Completamente solos.* No sé lo que ha ocurrido, pero no queda nadie en Metrópolis. Nadie. Decenas de millones de seres, han desaparecido sin dejar rastro. Y no me digas cómo ocurrió. No lo sé. Pero se fueron. Todos. Se fueron, dejándonos solos..

CAPÍTULO III

Solos.

Nunca una palabra tuvo tan terrible significado: solos.

Solos..., en la Metrópolis. Solos en una urbe gigantesca, mastodóntica, de millones y millones de seres. La mayor ciudad del mundo moderno.

No parecía posible. Pero estaba sucediendo. De eso no cabía duda alguna.

— Solos... — repitió Mizar, alucinada. Sacudió la cabeza, su mirada fue incrédula. No parecía ni siquiera concebir aquello — . Solos..., tú y yo.

— Eso me temo — musité —. Si acaso, también los otros cinco viajeros del monorraíl..., como tú y como yo. Pero eso será todo.

— No puede ocurrir una cosa así, Ray.

— Ha ocurrido.

— ¡No desaparecen en un momento millones y millones de seres! —gritó.

— Conforme. Pero han desaparecido.

— ¡Tiene que haber una explicación a todo esto!

— ¿Cuál? — quise saber.

Ella rompió a llorar de repente. No podía reprochárselo. Tampoco traté de calmarla. Era una forma de desahogo, de alivio para los nervios tensos, rotos. Mientras tanto, yo contemplé la ciudad, Las luces, los edificios, las calles iluminadas y desiertas. Eran más de las cuatro y media de la mañana.

Ella tenía razón. Su razón. Yo tenía la mía. Eran diferentes razones. Pero ambos estábamos en lo cierto. Cosas así no suceden. No pueden suceder. Sin embargo..., había sucedido.

— Voy a confirmar algo — dije bruscamente — . Espera aquí.

— ¡No! —casi chilló, incorporándose de un salto — . ¡No me dejes sola, por amor de Dios! ¿Adónde vas?

— A otros pisos, a otras viviendas. Conozco a mis vecinos. Descansan ahora. Es una impertinencia despertarles ahora. Pero ojalá

sea así...

Subimos a las plantas superiores. Los dos juntos. Ella ni siquiera desprendía mi mano. Sentía auténtico terror a quedarse sola. Yo la comprendía.

Llegamos a casa de mis vecinos, los Maddox. Buena gente. Una familia numerosa y afable. Me cansé de llamar. No respondió nadie.

—Tal vez tienen un sueño pesado —señaló Mizar.

—Tal vez —me encogí de hombros—. Pero Maddox alardea de todo lo contrario. Dice que un simple roce le despierta.

— Quizá no duerma hoy en casa.

— Quizá. Trabaja en una factoría suburbana. Pudo tener jornada nocturna, no sé... —subimos a otra planta. Repetí las llamadas.

Igual resultado. Silencio. Nadie abrió. Nos miramos.

— Ven — dije — . Vamos a la galería del patio ajardinado interior.

—¿Para qué?

— Hay ventanales abiertos. Algunos vecinos duermen así. Se puede entrar en sus pisos.

— Ray, eso será...

— ¿Ilegal? — reí entre dientes — . Claro. Pero si están ellos, me importará poco lo que puedan reprocharme. Ven, es por este corredor...

Salimos a las galerías en espiral de los patios interiores, ajardinados conforme marcaba la ley, para mantener la pureza ambiental y las zonas verdes al máximo. Señalé una serie de ventanales abiertos.

—Son diversas viviendas —dije—. Los Maddox, los Colé... Entraré yo solo. Tú esperarás afuera, en la misma galería...

—Ray, ten cuidado... No soportaría quedarme sola ahora — gimió Mizar.

—Yo tampoco —suspiré. Oprimí su mano, e inicié la nocturna aventura.

Primero visité a los Maddox. Luego, a los Colé. Finalmente, a los Anders. El mismo resultado siempre! las casas vacías...

— Es terrible — susurré, al salir. Me apoyé en los muros de vidrio de la galería en espiral, que subía a lo largo de todo el patio interior ajardinado. Mi mirada se cruzó con la atemorizada de Mizar — . Nadie...

— Dios mío... — bajó la cabeza, sollozando ahogada — . ¿Qué ha ocurrido, Ray?

— No sé. Algo espantoso. Estamos en una ciudad vacía.

En la Metrópolis no hay nadie. Lo que funciona aún, lo hace electrónicamente, de forma automática. Los generado res de energía poseen abundante reserva. Esto durará, aún en esta soledad. Pero, ¿para qué puede servir una urbe gigantesca, inmensa..., sin que nadie la habite?

—¿Adonde pudo ir la gente? Esos millones de seres no pueden evacuar una ciudad de esta magnitud, en sólo unas horas. No se ha dicho nada, no ha habido alarma, ni advertencia previa alguna... Parece que haya sido... así, de repente.

— De repente — me estremecí — . Como si un extraño prodigio, una magia desconocida hubiera borrado en momentos, en horas o minutos, todo rastro de vida, humana o animal.

Permanecimos en silencio. Agobiados. Abatidos, demolidos por nuestra propia seguridad en aquella soledad total, de dos en compañía.

— Y nosotros... ¿por qué nosotros solos, Ray? — se intrigó ella.

—No sé. Tal vez el monorraíl, el viaje... Hemos de buscar a los demás. Será difícil, si se dispersaron. Pero lo intentaremos, utilizando todo medio de comunicación posible. Ellos deben hallarse en la misma situación, eso es obvio. Por algún extraño fenómeno, nos hemos librado de la suerte corrida por los demás, sea ésta cual sea. Si ello es así, al menos unamos nuestras fuerzas, formemos una reducida comunidad, si no queremos enloquecer todos. Nos hemos quejado siempre de la masificación, de las colmenas humanas, del aglomeramiento excesivo de los seres humanos, de la superpoblación y todo eso..., pero ahora me pregunto: ¿hay algo más terrible que la propia soledad del hombre, abandonado a sí mismo en un mundo vacío?

— El mundo... — Mizar se estremeció. Me aferró un brazo, con repentino pánico — . Ray, eso me sugiere algo... ¿Es... es *sólo* Metrópolis... o «todo» el mundo?

La miré, aturdido. Era demasiado horrible la idea. Demasiado fantástica. Nosotros, sólo «nosotros»..., en un mundo vacío.

—No, no —rechacé, con terror—. Eso no, Mizar...

— ¿Por qué no? — gimió ella.

— Sí, ¿por qué no? — mascullé abruptamente. Y tomando por la mano a Mizar, corrí con ella, descendiendo la galería, volviendo a casa, precipitándome a un receptor de televisión mundial. Conecté con los canales internacionales, vía espacial. Aguardé.

La imagen, en la pantalla policromada y estereoscópica, reveló solamente líneas y manchas, intermitencias confusas. Ninguna emisión. Probé todos los canales, incluso los de servicio permanente. Sólo apareció imagen en dos canales. Mizar palmoteo, entusiasmada, al ver una convención deportiva en el Gran Tokio, y un programa musical desde los Estados Unidos Asiáticos. Corté su entusiasmo fríamente.

— Son programas grabados —dije—. Canales de *videotape*. Funcionan automatizados.

—Oh... — hubo desencanto en su voz — . De modo que... ¿tampoco hay nada?

— Aún no es definitivo — rechacé — . Puede ser simplemente que no haya conexión, que estén cerrados los contactos de retransmisión internacional. Espera aún.

Cerré el televisor. Para ver gentes y multitudes grabadas en una cinta magnética, podía utilizar yo *videotapes* propios. No me consolaban en absoluto de nuestra terrible soledad.

Apelé al visófono de nuevo. Oprimí la tecla de comunicación internacional. Esperé. En la pantalla hubo líneas azules. Luego, un rectángulo rojo de aviso:

«Lo lamentamos. Líneas internacionales interrumpidas»

Colgué, desesperado. Las posibilidades se agotaban por momentos.

— Quizá sea el fin del mundo — dijo ella, con patética

simplicidad.

— La miré, aturdido.

— Nunca creí que, si eso llegaba a suceder, fuese tan apaciblemente — rechacé — . No, Mizar. Ha de haber otra causa.

— ¿Cuál?

— No sé. Otra, la que sea. Algo más extraño, más complejo y profundo que un simple apocalipsis callado y tranquilo. Algo que está más allá de nuestra razón y que, sin embargo, quizá sea tremendamente sencillo de explicar...

— ¿Tú crees? — dudó Mizar. Se estremeció, abrazándose a mí —. Ray, tengo miedo. Mucho miedo. Esto es terrible. Está todo tan desierto, tan callado...

— Los dos tenemos miedo, Mizar. No hay héroes, sino simplemente hombres y mujeres. Lo importante es dominar el miedo, no dejarse vencer por él. Aún estamos con vida, nadie nos ataca, no veo peligro alguno en torno, salvo en nuestras propias mentes, sometidas a esta terrible prueba...

¿Hay algo que podamos hacer ya? — gimió Mizar, dejándose caer en un sofá confortable, junto a mí.

— Sí — dije, enfático — . Cualquier cosa menos descansar. Vamos, salgamos de nuevo.

— ¿Adónde? — se quejó ella — . Siento cansancio, frío, sueño...

—También yo. Pero hay que dominarlo — fui a un aparato automático —. Haré café. Luego, saldremos. A cualquier parte. A la Terminal del monorraíl, por ejemplo.

— ¿Para qué?

— Para tratar de ver a alguien. Puede que nuestros compañeros de viaje tengan la misma idea. O, cuando menos, alguno de ellos. Si es preciso, pondremos en marcha el monorraíl, saldremos de aquí, de Metrópolis, rumbo a cualquier parte, en busca de vida... Yo abandoné esta misma madrugada mi Centro de Estadística y Control Ciudadano. Dejé a la gente trabajando normalmente. No ocurría nada. En una hora, no puede cambiar todo de este modo. Allí tiene que quedar alguien, tienen que estar mis compañeros, tiene que estar todo normal...

—¿Tú crees? — dudó Mizar, desalentadora.

— Cielos, no sé qué creer — me irrité, nervioso, dando paseos, mientras brotaba un chorro de café hirviente, en dos tazas —. Sólo quiero conservar la fe, mis esperanzas en que todo esto tenga... una explicación lógica y razonable, en que nada irreparable haya sucedido a esta ciudad ni a ninguna otra comunidad existente.

Pero interiormente, yo sabía que esa fe era cada vez menor, que esas esperanzas se estaban diluyendo por momentos, como azúcar en el agua.

Y detrás no quedaba nada. Nada, salvo desesperanza, incertidumbre..., miedo.

Miedo a algo que ni siquiera sabíamos lo que era. Si es que era algo.

* * *

Todo estaba igual. Tal como lo habíamos dejado a nuestra llegada.

El monorraíl en su punto límite, la Terminal desierta, las luces en las oficinas de control...

Una ojeada al interior de esas oficinas, las reveló desiertas también. Incluso la ventanilla destinada al jefe de trenes, se veía vacía, sin nadie asomado a ella, sin nadie dentro.

Subimos al monorraíl. Sólo tenía encendidas las luces precisas para no dejar a oscuras los vagones. Todo limpio, pulcro, pero sin pasajeros aún. Y sin conductor ni interventor. Un luminoso, indicaba que el primer tren tenía su salida para las zonas suburbanas a las cinco y media de la mañana...

No faltaba mucho para esa hora. Pero, naturalmente, no había nadie esperando. Ni el tren tenía trazas tampoco de salir en breve.

Miramos a un lado y otro. El desaliento se apoderó de Mizar y de mí. Sacudí la cabeza, desmoralizado por completo.

— Nada... — musité.

— ¿Esperabas otra cosa, Ray?

—No —murmuré—. Hubiera sido… como un milagro.

—Un milagro… Ya no puedo creer en ellos. No ahora, Ray.

—Yo ni siquiera creo en nada. Ni en mí mismo. Ni en lo que me rodea. Esto… esto es como una horrenda pesadilla. Lo malo es que estamos despiertos, Mizar.

Caminamos por el frío andén desierto. El aire había amainado, pero la temperatura era baja. A ello, quizá, se unía nuestro propio frío interior. Me detuve bruscamente. Moví la cabeza, enfático.

— Vamos — dije con aspereza.

— ¿Adónde? — musitó ella, parpadeando.

— A casa. A mi casa.

— ¿Qué podemos hacer allí?

— Nada. Dormir. Descansar. Olvidar, si ello es posible. No busques un hotel. Me imagino que encontrarías fácilmente alojamiento. Ni siquiera hay huéspedes que llenen los hoteles. O empleados que te impidan subir a la mejor habitación y descansar como una privilegiada del Nivel Cinco. Te encontrarías muy sola, aun rodeada de comodidades, estoy seguro. Y yo también. Puedes ocupar un dormitorio en mi casa. Tengo dos.

— Gracias, Ray — me miró tiernamente — . No me importará donde me dejes dormir. Ya sabes lo que yo soy…

— Deja eso. Olvídalo — la miré con simpatía, casi con afecto—. Eres una chica solitaria. Yo, un hombre solitario. Tenemos que hacernos mutua compañía. Esperemos al nuevo día. Tal vez cuando salga el sol, todo sea diferente.

— ¿Aun continuando todo vacío y en silencio? — dudó ella.

— Aun así, Mizar. Las cosas parecen diferentes cuando brilla el sol y la noche se ha ido. Entonces trataremos de razonar, de ver claro, de saber lo que pudo haber sucedido..

— ¿Lo sabremos alguna vez?

—No lo sé… —suspiré, apoyándome, cansado, en una columna del largo y frío andén de la Terminal. Miré al hacinamiento de luces, allá en la noche, como un inmenso terciopelo negro repleto de gemas preciosas de infinitos matices irisados. La Metrópolis. El mayor núcleo

habitado del mundo. Ahora, quizá, el lugar más silencioso y vacío de la Tierra…

Caminamos hacia el final del andén. Regresamos al Nivel Cuatro. A mi Zona Residencial. Paseando por aquel silente conglomerado urbano. Casi sin prisas ya, porque ni siquiera valía la pena correr.

Llevaba a Mizar fuertemente apretada con mi mano, No quería soltarla. Aquellos dedos femeninos, fríos y como agarrotados bajo la impresión de terror de aquella noche alucinante, eran el único contacto vivo, la única relación posible con un ser que no era yo mismo. Era calor, alguien con quien dialogar, alguien a quien sentir cerca…

Estaba seguro de que si la hubiera perdido súbitamente, hubiese enloquecido. A pesar de que sólo unas horas antes, Mizar era para mí una perfecta desconocida, una simple muchacha de vida frívola, que viajara conmigo en un tren nocturno, hacia el centro urbano de Metrópolis…

Ahora, Mizar, la desconocida, la jovencita sin aparente valor alguno, constituía el único asidero a la esperanza, a la compañía humana, a una convivencia limitada, en un ámbito silencioso y vacío hasta la exasperación.

Nos detuvimos ante el bar de Topper. Tenía las luces apagadas ya. Como si hubiera cerrado. Cambiamos una mirada. Ello se repitió ante el bar de Kitty. También cerrado, con el luminoso apagado.

—¿Quién diablos pudo…? —comencé yo, irritado.

— Seguramente funcionó de modo automático — sonrió Mizar, calmándome—. Mira. Incluso echaron ya el cierre. Como si todo funcionara normalmente, como si la gente aún estuviera aquí, en torno nuestro…

—Como si la gente estuviera aquí…, en torno nuestro… —repetí, alucinado. Me estremecí, frotándome el mentón, la boca apretada — . Como si todo funcionara normalmente… ¿Por qué, Mizar? ¿Por qué?

Ahora sí que la madrugada, en su avanzada hora, dejaba la ciudad como muerta. Sin más luces que las del alumbrado callejero, frío y blanco. Yo no estaba seguro de que todo fuese automático en la ciudad. Nunca me había preocupado de averiguarlo, pero, ¿lo era realmente, incluso en el cierre de establecimientos, o para apagarse los luminosos comerciales?

— ¿Qué sucederá por la mañana? — se pregunto Mizar a mi lado —. Cuando abran los Bancos y los comercios, cuando se inicie la tarea en fábricas y factorías...

Lo había pensado ya. Pero yo no quería formularme respuestas hipotéticas. Prefería esperar. Esperar a lo que fuese..., por malo que resultara.

Llegamos ante mi casa otra vez. Miré arriba. Las luces brillaban en mi vivienda. Respiré, casi con alivio.

— Será Un paréntesis de paz — murmure — . Pero si prefieres ir a cualquier sitio, a un hotel lujoso, yo te acompañaría y...

— Cielos, no — me apretó también la mano. Miro en torno, con temor —. No quiero separarme de ti. Por nada del mundo, Ray. Vamos arriba, pronto.

— Sí, vamos — asentí.

Me encaminé a la puerta. Iba a abrirla, para dejarle paso a ella antes..., cuando oí el ruido de pasos.

Me volví vivamente. Lancé una imprecación.

Vi al hombre correr.

Y, más allá, la faz de la Mujer de Plata.

CAPÍTULO V

El hombre. Un hombre corriendo. Alejándose de nosotros.

Y ella. Aquella mujer. La Mujer de Plata...

También ella retrocedió, se perdió en la esquina por la que asomaba, en la manzana inmediata a mi bloque residencial. Dejé de ver aquel extraño, inverosímil rostro plateado, de ojos ambarinos, salpicados de chispas doradas, rasgados y fantásticamente profundos, fijos en mí...

El hombre se perdía en el lineal distancia de la amplia avenida. Solté a Mizar. Eché a correr en pos de él.

—¡Cuidado! —chilló Mizar, corriendo a duras penas tras de mí—. ¡No vayas, no te arriesgues, Ray! ¡No sabemos quiénes sean ellos...!

Yo no me detuve. Había visito, por fin, a alguien vivo, a alguien que no estuvo en el monorraíl, durante mi viaje interurbano. Un hombre que huía. Y una mujer de piel plateada y ojos rasgados, oblicuos...

Alcancé la esquina inmediata. Miré en derredor. No vi rastro de la Dama de Plata. Ante mí, en la otra acera, corría vertiginosamente el hombre, sin volver su rostro, sin mirarme. Pero estaba seguro de que no era ninguno de los que vi en el tren. Y no sabía por qué. Era algo que me lo decía mi propio instinto.

—¡Usted, espere! —rugí—. ¡No huya, espere! ¡Estese quieto, soy un amigo, no pretendo hacerle daño...!

No me escuchaba. O no quería escucharme. Huía, huía siempre, a la carrera. Y me llevaba bastante delantera. Era rápido, ágil, delgado, posiblemente joven. No podía ver bien su rostro, su cabello, salvo descubrir que éste era oscuro, que sus ropas eran vulgares...

Rodeó un bloque de viviendas con jardines bien cuidados y setos recortados, formando sus límites. Yo le seguí. Tras de mí, jadeante, oía la voz de Mizar, pretendiendo detenerme. Yo no quería hacerlo. Yo no quería perder aquella oportunidad de tener, por fin, a alguien a quien preguntar, con quien cambiar impresiones, de quien saber lo que sucedía, o cuando menos lo que él pudiera saber...

Le vi meterse entre aquellos setos, al final del bloque, Corrí como un desesperado, llegué a aquel punto, entré por el mismo punto en que él lo hiciera, busqué, miré en torno, contemplando las huellas donde fuera hollado el césped poco antes.

Ni rastro del perseguido. Puertas cerradas, ventanas iluminadas en los accesos a las viviendas, como era normal durante la noche en los bloques residenciales... Y silencio. De nuevo el silencio.

Ni un paso. Ni un jadeo. Ni un vestigio de presencia, de vecindad humana. Nada.

—¡Escuche, quienquiera que sea! —aullé, con voz potente—. ¡Soy Ray Mantell, funcionario del Gobierno! ¡No tiene nada que temer de mí! ¡Quiero saber lo que sucede, por qué la ciudad está vacía, por qué no hay nadie en ninguna parte! ¡Atiéndame! Debemos unirnos, acompañarnos, estar aliados frente a lo que sea... ¡Escuche usted! ¡Escuche...!

Mi voz hubiera debido provocar la intervención de vecinos molestos, de vehículos policiales, de servicios de patrulla que velasen por el descanso ajeno. Nada sucedió. Nadie vino a mí.

Recorrí los setos y jardines. Las puertas estaban todas herméticamente cerradas. No había nadie en ninguna parte. Ni había forma aparente de haberse filtrado en el edificio, a menos que el fugitivo tuviera llave o medio de abrir por sistema magnético algún acceso.

Elevé los ojos. Un bloque de quince o veinte plantas. Demasiado espacio para buscar, para indagar...

Respiré hondo. Incliné la cabeza, hundiéndola entre mis hombros. Me di por vencido. Salí a la calle de nuevo. Volví, en busca de Mizar.

Ni fugitivo, ni dama de piel plateada. Nada. Los había perdido a ambos. Casi era para preguntarse si, realmente, existieron. Pero yo no era un imaginativo. Nunca lo había sido. No me engañaron mis sentidos. No vi alucinaciones. *Existieron.* Seguro que existieron.

Mizar estaría afuera, esperándome. Angustiada, medrosa. La había oído correr todo el tiempo tras de mí. La busqué. Era raro. Pero no la vi.

—¡Mizar! —llamé, con voz clara, potente—. ¡Mizar, estoy aquí! Ya acabó esto... No di con ninguno de ellos. Tuviste razón. No debí buscarles, no debí correr en pos de esa mujer plateada, ni de ese hombre desconocido... Mizar... ¡Mizar...! ¡Mizar...!

Mi voz había ido creciendo, aumentando, haciéndose anhelante, desesperada, desgarradora.

Miré. A un lado, a otro. Corrí. Por todos lados. Grité, Con toda potencia, con voz estridente. Di vueltas, más vueltas...

—Mizar... ¡Mizar, Mizar! —mi grito se perdía en el silencio, en el vacío total, absoluto, hermético, inexorable.

Mizar..., había desaparecido. Ella. *¡Desaparecida!*

—Oh, no, no... —gemí—. Eso no. No puede ser... No he podido ser tan torpe, tan necio, tan estúpido, tan ciego... Ella no...

Corrí. De regreso a casa. Llegué allí. Volví atrás. Volví a todas partes. Grité. Llamé. Su nombre pareció flotar en el silencio, rebotar en los muros, perderse en las esquinas.

Inútil. Todo inútil.

Estaba solo. Solo... ¡Solo!

— ¡No, no, no! —aullé.

Me arrojé desesperadamente contra la puerta de mi vivienda. Como una mariposa contra la luz. Con mis brazos abiertos, con voz desgarrada, con un sollozo roto.

Nunca como entonces comprendí la soledad. La soledad total, en una ciudad sin gente, en la gran Metrópolis vacía... Solo. Como antes. Como nunca. Sin ella. Sin la única esperanza, sin el único contacto vivo, sin la única mano palpitante aferrando la mía.

Perdida. Estúpida, torpemente perdida. No sabía cómo. Pero

perdida. Perdida…

—No, Dios mío, no… —sollocé—. No, esto no… No quiero… ¡No quiero estar solo! ¡No quiero vivir solo…! ¡No quiero morir solo…!

Y lloré. Lloré como un niño, no como un hombre consciente. Lloré, aferrado a la puerta de mi casa. Sintiéndome, al fin, solo. Terriblemente solo. Mortalmente solo, por el resto de mi vida…

* * *

—¿Se… se encuentra bien?

Dejé de llorar. Me contuve. Encogido, seguí con mis ojos cerrados, con mis labios crispados, mis manos engarfiadas…

La mano rozó suavemente mis cabellos, mi nuca, mi frente febril. Fue una caricia casi fría, casi fantasmal. Pero tan hermosa, tan dulce, tan confortante a la vez…

Abrí los ojos. La vi.

Había vuelto. Ella. Ella estaba allí otra vez. La miré. La miré, profundamente emocionado. A través de mi llanto, de las lágrimas agolpadas en mis ojos.

—Mizar… —susurré—. Mizar, Dios sea loado… Has vuelto… ¡Has vuelto…!

—¿Volver? —pareció asombrada Me miró, con perplejidad inmensa — . Yo…, yo siempre estuve aquí.

— Mizar, no entiendes… — musité. Me erguí, extendí mis brazos —. Yo…, yo creí que te había perdido, que volvía a estar solo en la noche…, solo en la Metrópolis…

— ¿Solo? — ella pestañeó — . Ni siquiera hemos llegado aún al centro de la Metrópolis, amigo mío…

Y rió entre dientes, con aire burlón.

El monorraíl trepidó, al virar en una curva. Yo me agité en el asiento. Vi, por un momento, miríadas de luces urbanas por una de las ventanas del vagón en marcha…

El monorraíl...

¡El monorraíl! ¡El tren interurbano de la noche! .

Y yo..., yo estaba en él ahora. En mi asiento tapizado de azul. Frente a Mizar. En el mismo compartimiento que ocupara antes. Aturdido, me erguí, me puse en pie, hasta que la propia velocidad del convoy, en la curva, me precipitó de nuevo a mi asiento. Sacudí la cabeza, estupefacto.

— No..., no... — musité — . ¿Qué ha sucedido? ¿Corno he vuelto aquí? ¿Qué hago en este tren?

— Lo mismo que todos, supongo — rió ella, encogiéndose frívolamente de hombros — . Viajar. Ir a su casa. Por suerte, usted tiene casa. Vive en esta gran urbe. Yo llego ahora, ya se lo dije. Pero no debía interesarle mucho mi charla, amigo. Se durmió...

¡Me dormí!

— Oh, no... — musité, aturdido. Miré ante mí. Vi a los viajeros del convoy, incorporándome por encima de los asientos: el fuerte pelirrojo de ojos azules, la dama rubia, el hombre que dormía tendido en el asiento, el que leía un libro de tapas rojas...

Con sobresalto, clavé mis ojos en mi reloj. Las dos y cuarenta minutos.

— No... — murmuré — . El tiempo no ha pasado...

— ¿Qué dice? — preguntó Mizar, sorprendida.

—Yo..., yo soñé *antes...,* o sueño *ahora* —gemí, mirándola con angustia.

— Ha debido soñar antes — dijo, con una suave carcajada—. Ahora está bien despierto. Tanto como yo... Pero apenas si le duró un minuto la cabezada...

—Un minuto... Y fue casi una eternidad —mascullé—. Todo... todo un... un simple sueño... Un horrible sueño, en una ciudad vacía..., donde estábamos solos... usted y yo.

— ¿De veras? — ella soltó una carcajada irónica — . Entonces, tuvo que ser divertido eso. Muy divertido...

A mí no me lo pareció. Sacudí la cabeza, estremecido, aún bajo la sensación de angustia en todo mi ser. Di un manotazo a mi rostro, y

enjugué en parte el sudor que lo humedecía.

— Dios mío... — repetí en voz alta — . Un sueño. Todo..., un sueño.

Alguien se sentó a mi lado. Giré la cabeza. Miré al nuevo viajero.

A ése no le había visto antes. Era alto, enjuto, esbelto. De cabello oscuro, de ropas vulgares. Casi hubiera jurado que era el mismo hombre de mi sueño: el perseguido por las calles desiertas de Metrópolis. Pero claro, no podía ser eso. Todo había sido un sueño. Nada de aquello fue real, aunque tanto le hubiera parecido.

— ¿Nunca nos vimos antes de ahora? — pregunté débilmente a mi nuevo compañero de asiento.

— No, nunca — sonrió. Sus ojos oscuros, estrechos y penetrantes, llenos de astucia, estaban fijos en mí. Extraña y burlonamente fijos en mí —, ¿Por qué preguntó eso?

—Porque creía haberle visto.,., en un sueño —musité — . Es un terrible sueño...

El me miró. Luego, despacio, meneó la cabeza. En sentido negativo. Su voz fue para mí como un mazazo cuando me respondió:

— No. No se equivoca, Ray Mantell. Usted *me ha visto.* Y no era un sueño. Usted..., usted *no ha soñado* lo que vivió en la Metrópolis...

CAPÍTULO V

Era una tarjeta plástica, de un marfil suave. Leí su nombre en impreso dorado:

Doc Val Guest

Comité de Experiencias Científicas

Sección Psico-Experimental

Alcé mis ojos. Me encontré con aquellos ojos estrechos, fríos, inteligentes y agudos. Ya no había ironía en ellos. Sólo grave interés. Preocupación, incluso.

El monorraíl se acercaba por momentos a su punto de destino. La Terminal estaba cerca. Y esta vez, de verdad. Sin sueños. O lo que fuese.

— No entiendo nada — dije.

— Es lógico — sonrió brevemente —. Es difícil de entender.

— Usted dijo que yo no había soñado.

— Es cierto. No soñó.

— ¿Cómo puede saber usted a lo que me refería?

— Lo sé todo. La Metrópolis, el silencio, la soledad, lo

inexplicable…, y el afán humano por sentirse acompañado, por huir a la desesperada de la soledad. Y la soledad como principio de la demencia del hombre. De su extinción, en suma.

—¿Usted… sabe *eso*? — pestañeé.

— Como usted sabe cifras estadísticas y controles de urbanismo. Es su trabajo. Este es el mío.

— ¿Lee en la mente?

— No. No soy telépata. Leo en computadoras, en registros, en grabaciones… Como cualquier otro, Mantell.

—Yo no soy una computadora. Ni una grabación.

— Usted, no. Pero ha grabado cuanto vivió en… en lo que cree un sueño.

— ¿Cómo? — di un respingo.

— Lo que le dije. Ha «vivido» una experiencia notable. Ha sido el primero, quizá, en vivir algo que jamás sucedió. Sin soñarlo ni imaginarlo. Estando en ello, exactamente.

— Cada vez le entiendo menos — confesé, desconfiado.

— Es simple la explicación. Y científica, amigo Mantell, Usted trabaja para el Gobierno. Yo también. Usted sirve a la Ciencia y la Técnica. También yo. Sólo que nuestros campos son diferentes. Usted, la Estadística; yo, la Psicología, la Psicotecnia, el análisis mental del Hombre, hasta sus últimas consecuencias…

—Doctor Val Guest, concluyamos —dije, agresivo—, ¿Adonde va a parar con todo eso?

—Prefiero que me llame Doc. Todos me llaman así.

— Bien…, Doc. ¿Qué hizo conmigo? ¿Qué clase de… de experimento he vivido?

—Uno muy simple. Y muy complejo, a la vez. Hemos seleccionado millones de fichas psicotécnicas de hombres de toda condición social, cultural y educativa. Las computadoras trabajaron activamente. Sólo uno dio el coeficiente exacto de intelecto, imaginación, equilibrio psíquico, voluntad, y, desde luego, capacidad de resistencia a una dura prueba.

— ¿A qué se refiere?

— Esa ficha dictaminó que usted es hombre de imaginación activa, pero sin propensión a fantasear. Es lúcido, cerebral, inteligente, culto, de rápidas reacciones, de buen criterio, de gran equilibrio mental, de escaso afecto hacia las grandes aglomeraciones urbanas, amante de cierta soledad o aislamiento...

— No me hable de eso — me estremecí — . Soledad...

— Entiendo lo que siente — rió Doc Val Guest —. La soledad es peor de lo que creía. Lo ha comprobado por sí mismo. Ha sentido necesidad de convivencia humana, de vecindad de alguna persona viva..., fuese quien fuese. ¿No es así, Mantell?

— Quisiera saber *cómo* conoce usted tanto de todo eso..., y cómo afirma que no fue un sueño...

— Muy sencillo — sonrió el científico. Me mostró algo, que extrajo del bolsillo — . Aquí tengo, grabado en *videotape,* cuanto usted ha vivido en su terrible experiencia.

—¡No puede ser! —protesté—. ¡Nadie puede grabar o filmar lo que *no existe*!

—Yo no dije que no existiera. Usted lo vivió así. Su mente creó ese mundo irreal, mediante impulsos electrónicos de una computadora que, para usted, «fabricó» un mundo que no era tal. Su mente se sumergió en ese falso mundo y se movió por él. Todos nos regimos exclusivamente por nuestro cerebro. El nos da las sensaciones, las emociones, y por él vivimos, vemos, sentimos, palpamos, saboreamos o gozamos, Mantell... Imagínese su cerebro, previamente seleccionado por la computadora, viviendo cuanto nosotros queríamos, por medio de ciertos estímulos mentales que iban formando en usted la imagen deseada. Usted, virtualmente, *se metió* en ese mundo que la Ciencia le creó para vivir una experiencia inolvidable: la del hombre, enfrentado a su soledad, a su individualismo feroz, ante lo que no entiende y no puede combatir. Supongo que fue una dura y penosa lección, Mantell...

— ¿Con qué objeto, exactamente?

— Con el de captar las reacciones anímicas de un ser adecuado, ver cómo el hombre obrará, el día que se encuentre, por algún desafortunado azar, solo en un ámbito cualquiera, abandonado a su propia suerte, y sin saber lo que sucede, ni dónde está el remedio o la solución para su mal.

— Pero ha hablado de estímulos mentales, de grabación de mis

emociones más íntimas... ¿Cómo pudo obtener tal cosa, Doc? Parece magia, no Ciencia.

— Sin embargo, es Ciencia — sonrió él. Me miró fijamente. Dijo algo sorprendente, aunque ya nada podía sorprenderme a esas alturas — : Usted sufrió un desvanecimiento esta mañana, en el trabajo. Fue llevado a la enfermería de su centro laboral...

— Es cierto — admití, sorprendido.

— Se tardó más tiempo del razonable en atenderle y hacerle volver en sí, ¿se dio cuenta?

— Sí — tuve un parpadeo rápido —. El médico dijo que necesitó inyectarme un sedante..., que era cuestión nerviosa...

— Falso. Lo que hicieron, fue aplicarle dos electrodos especiales a su cerebro. Los lleva, invisibles, adheridos bajo su cabello, en los puntos vitales de su periferia craneal. Ellos, virtualmente planos, como láminas, pero dotados de sensibles conductos electrónicos, transmitieron a sus centros nerviosos las sensaciones e imágenes deseadas. Usted entró en ese falso mundo mental que le creamos y, a la vez que usted *vivía* lo que, sin ser imaginado, era artificialmente provocado desde un laboratorio y unas computadoras, otro mecanismo electrónico iba grabando su peripecia, como si fuese real y tuviera dimensión cierta, y así obtuvimos una auténtica filmación del experimento. A no dudar, cuando usted mismo lo vea, se quedará asombrado de advertir todo cuanto sintió, vivió y cómo reaccionó, según cada circunstancia.

— Cielos, qué absurda, fantástica idea..., y qué poco humana, en el fondo... —me quejé, irritado.

— Se equivoca. Parece inhumana, pero buscamos soluciones a eternos problemas psíquicos del hombre. Además, es solamente el inicio de un plan psicológico mucho más amplio y ambicioso. Por el momento, usted es nuestro sujeto ideal, el hombre adecuado para toda experiencia. Y hay otras en perspectiva...

—No, gracias —rechacé, de mal humor—. No pienso volver a vivir cosa semejante... Usted..., usted era el hombre de mi sueño, experiencia o lo que fuese, ahora lo veo claro. Escapaba de mí, se alejaba a la carrera, por las calles desiertas...

— Posiblemente su mente captó de una forma subconsciente mi apariencia física, cuando le apliqué los electrodos en el Centro de Estadística — sonrió Val Guest — . Ocurren cosas así a veces...

— Supongo que sí — me toqué las sienes, pensativo. Contemplé la ciudad, la inmensa Metrópolis, que continuaría su vida habitual, su ritmo cotidiano, como siempre, al margen de las fantasías de mi cerebro, artificialmente estimulado por los científicos. Estábamos llegando ya a la Terminal. Era cosa de escasos minutos. Muy escasos ya—. Dios, Doc. ¡Lo que me hizo sufrir en ese breve tiempo imaginado, vivido o soñado...!

— Le aseguro que el experimento es innocuo. No deja huella en su mente. No le afectará en absoluto. Y, en cambio, para nosotros...

—Para ustedes... —le miré, señalándole acusador—, Concretamente... ¿para *quiénes*?

—Los científicos, los investigadores... Estamos buscando formas en que el hombre sepa enfrentarse a la soledad terrible de los largos viajes espaciales. No un salto a Marte, a Venus, o un rutinario viaje a la Luna. No, no es eso. Es más, mucho más: la lucha del ser humano contra la larga soledad, el aislamiento, la sensación de abandono, de vacío en torno. Va a empezar el salto, el gran salto a las estrellas.

— Las estrellas...

— Sí. Los viajes interplanetarios, más allá del Sistema Solar. Hacia otros mundos, hacia otros soles. Acaso hacia otras galaxias, ¿quién sabe? Es el principio. El ser humano debe prepararse, estudiar, prever... Este programa científico, forma parte del plan previo de iniciación del Hombre a la Gran Soledad del vacío, del inmenso salto intergaláctico... Usted, Mantell, fue elegido. Por computadoras, por mecanismos fríos, electrónicos. Un hombre ideal. Y, sin embargo...

— Sin embargo, tuve miedo de la soledad — sonreí, despectivo —. Más que miedo, terror... Le aseguro que fue un vivo terror, Doc. Siento haberles defraudado.

— No. No nos defraudó. En absoluto. Entraba en lo previsible. Se buscan hombres, no máquinas. El hombre siempre obra igual ante ciertas experiencias. La suya será provechosa, seguro.

— Dios lo quiera. Al menos, habrá valido para algo — miré de soslayo a Mizar, silenciosa en la contemplación, a través de la ventanilla del vagón, del paisaje urbano. Ajena a nosotros, a nuestros problemas, a nuestra charla, que quizá no podía entender en absoluto —, Pero... ¿por qué ella? ¿Por qué, Doc?

— ¿Ella? — Val Guest la estudió de reojo, se encogió de hombros — . El hombre siempre centra su esperanza en algo, en

alguien. Ella era la última persona a quien vio, con quien habló al iniciarse el circuito… Eso pudo influir, sin duda. Como yo mismo, en su zona subconsciente…

—Sí, pero… ¿y ella? ¿La Mujer de Plata? —indagué.

— ¿La… *qué?* — se sobresaltó Val Guest, mirándome aturdido.

— La Mujer de Plata. La hermosa fugitiva de rostro plateado, la que huyó de mí…

—¿Una mujer… plateada? No entiendo… —sacudió la cabeza —. No entra en los impulsos programados… Acaso usted, su subconsciente…

— En mi vida imaginé a una mujer plateada — rechace con irritación.

— Pues lo lamento. No entiendo ese incidente — se encogió de hombros —. De todos modos, lo veremos en la grabación obtenida de su aventura mental. Ya le informaré. Ahí tiene mi tarjeta, Mantell. Ella le permitirá llegar hasta mí cuando quiera. Le espero. Nos veremos, supongo,

— Sí, nos veremos — dije. De repente, sonó un zumbador en el vagón del monorraíl. El convoy se detuvo. Estábamos en la Terminal. Añadí, pensativo—, Nos veremos muy pronto, Doc. Buenas noches…

— Buenas noches, Mantell — estrechó mi mano, al incorporarse —. Y gracias. Ha sido útil. Muy útil a la Ciencia, créame. Y, posiblemente, también a la Astronáutica del futuro…

No le respondí a eso. Hice un gesto evasivo, salí hacia la plataforma de salida al andén. Mizar me dirigió una mirada de simpatía, algo distraída. Correspondí a ella con un gesto. Y salí al andén.

Miré me reloj. Y el luminoso del andén. Las tres. Justamente las tres de la madrugada. Como en… en aquello que había vivido, horrible, y fantástico, simple creación cibernética de unos malditos electrodos adheridos a mi cerebro. Había sido conejo de indias en un horripilante experimento que ellos consideraban rutinario. Les maldije con todas mis ganas. Casi me habían hecho sentir miedo. Miedo a que ahora todo pudiera ser igual, atrozmente igual.

Por fortuna, no era así. La cara mofletuda del jefe de trenes, asomaba por la ventanilla, viéndonos desfilar en la fría madrugada, hacia nuestros respectivos destinos.

— Hasta mañana, señores — nos despidió, jovial — . Mala noche, ¿eh? A ustedes, cuando menos, les espera una cama caliente ahora. Mientras que a mí...

Se quedó atrás, con sus lamentaciones, asomando sólo su oronda cabeza, como un monigote de feria. Alcancé mi banda móvil. Descendí al Nivel Cuatro. Perdí de vista a todos. Pero no había nada de anormal ni silencioso en torno. En un asiento de la Terminal, una chica de bonitas piernas, fumaba mientras leía una revista ilustrada, esperando acaso a algún tren especial, o al primero de la mañana.

Frente a mí, la Metrópolis. Luminosa, radiante, lineal, armónica y fría a la vez. La inmensa colmena humana para decenas de millones. Me pareció incluso hermosa, al recordarla silenciosa, vacía, como muerta.

— ¿Quién iba a decirlo? — mascullé entre dientes, para mí mismo—. Yo, que aborrecía las multitudes, las aglomeraciones, la pérdida del *ego,* de la personalidad... ¿De qué serviría todo eso, sin nadie a nuestro alrededor, para darle algún valor real? ¿Qué es un hombre solo perdido en cualquier parte?

Llegué al Nivel Cuatro. Me moví hacia casa. Casi me causó risa ver el luminoso del bar de Topper. Recordé lo ocurrido antes. No había nadie en las calles, claro. Pero eso era normal en plena madrugada. Ya no tenía mis electrodos aplicados al cerebro. Había terminado el gran experimento psicorreactivo. Gracias a Dios...

Había música y luz en el bar de Topper. Y gente, claro. No hacía falta verla. Se la imaginaba uno fácilmente. Me dispuse a entrar.

Bostecé. Estaba cansado. Agotado. El experimento, tal vez, fatigó mi sistema nervioso, agotó mi cerebro. En un solo minuto, había vivido un mundo de experiencias horribles y amargas.

No entré. Seguí adelante. Hacia casa. Hasta que vi las luces de Kitty. Y oí música. No tenía ganas de entrar. Pero iba a hacerlo. Porque, después de todo, quería romper algo dentro de mí. Un oscuro complejo, el prejuicio provocado por... por mi sueño. O por lo que fuese aquella aventura irreal, vivida sólo con el cerebro.

Empujé los vidrios translúcidos, en los que se filtraba la luz. Entré, saludando con jovialidad:

— ¡Eh, Kitty, una copa para un sediento que se cae de sueño...!

Me detuve. Miré en torno mío.

Era horrible.

Pero había sucedido. Estaba ante el mostrador con sus copas, vasos, botellas... Ante mesas, sillas, consumiciones, música eléctrica, ruidosa, luces cambiantes...

Y nada más.

No había nadie. Absolutamente «nadie».

CAPÍTULO VI

— No… ¡Oh, no…!

Demudado, trémulo, retrocedí, dando trompicones. Derribé esta vez una mesa, una silla, unas copas y una botella, que se hicieron añicos, con estrépito, en el suelo, a mis pies.

Salté por encima de todo ello, retrocedí despavorido, apoyándome en los muros, a punto de enloquecer. Hundí mis dedos en los cabellos, buscando algunos otros electrodos. No hallé nada. Ninguna otra placa electrónica para impulsos emitidos a distancia. Nada.

Tropecé también con la puerta. Contemplé, como hipnotizado, la gramola que emitía música, entre luces cambiantes. No vi a nadie, no escuché a nadie. Todo estaba en perfecto orden. Como antes. Como en el experimento mental de Doc Val Guest y su maldito Comité de Experiencias Científicas…

—Otra vez… ¡Otra vez! —gemí, angustiado, trémulo.

En esta ocasión no me detuve a tomar nada, no quise parar allí un solo momento. Me precipité a la calle, a la vacía valle de la ciudad, como un poseso. Miré a mí alrededor, a la tremenda soledad de las avenidas en la madrugada. A la repetición obsesiva y diabólica de mi situación anterior.

Eché a correr. Como un niño perseguido, como un ser irracional, asustado y torpe.

En la realidad, era mucho menos firme mi resistencia que en la

experiencia mental. O acaso estaba erosionada ya por el efecto psicológico de lo imaginado en una existencia irreal provocada por fríos y estúpidos científicos...

Lo cierto es que corrí y corrí, sin rumbo fijo, alejándome de mi casa, de mi zona familiar. Y no vi nada. Y no vi a nadie.

Me detuve, jadeante, extenuado, en una esquina. Grité, esperando que acudiera alguien. Grité con todas mis fuerzas, pero resultó perfectamente estéril. Ni siquiera una patrulla policial, o un vecino molesto. Nadie. Nada.

—No, no, no... ¡no! —aullé para mí mismo, frotándome los ojos, clavando las uñas en mi faz, para persuadirme de que todo era real, de que no estaba sucediendo otra maldita cosa como aquélla.

Pero recordé que también entonces, sensaciones y emociones eran en apariencia reales. Que si mi mente estaba volviendo a crear de nuevo una pesadilla abominable, no advertiría la diferencia entre lo inexistente y lo auténtico.

Recordé que todo había sido tan vivido, tan real, tan perfectamente válido en todo momento...

Caminé unos pasos, apoyándome en las fachadas de los edificios o en los indicadores urbanos, bajo las crudas luces blancas, en la fría madrugada. La soledad era aplastante. Era monstruosa casi. La ciudad misma, la gran Metrópolis, era como un gigantesco abominable, un frío monstruo dormido, que se gozaba cruelmente en mi tortura...

Y yo..., yo no era apenas nada, apenas nadie. Sólo un pobre ser asustado, vencido. Un solitario ser, perdido en un inmenso cementerio helado, de materiales plásticos, de vidrio, de césped, de asfalto, de luz.

— ¿Qué hacer, Dios mío? ¿Qué hacer? — murmuré, tratando de serenarme — . Ellos..., ellos no pueden ser tan crueles como... como para someterme de nuevo a esa tortura mental... No pueden hacerlo otra vez. Pero no hay otra explicación. No hay ninguna otra...

Me detuve. Respiré hondo. Enjugué el frío sudor del rostro con un manotazo. Eché a andar de nuevo, ahora resueltamente.

Al diablo todo. Al diablo los experimentos, las emociones, los terrores. Fuese lo que fuere, pasase lo que pasare. Rompería con todo. Todo me era igual. Lo mejor era la indiferencia. Si había de vivir solo, viviría solo. Si había de morir en soledad, moriría así.

Todo me tenía ya sin cuidado. Perfecta, totalmente sin cuidado.

Había adoptado una decisión. Una firme decisión. Y la mantendría hasta el fin, fuese éste cual fuere.

Llegué a casa. A mi casa. Abrí la puerta. Me dispuse a subir. A subir..., y dormir.

Pero antes iba a ser cruel. Cruel con todos. Cruel conmigo mismo. Con mis sentimientos, con mi mente aturdida y amedrentada. Iba a desafiar a la soledad, al pánico, a mis terrores. Si era preciso, iba a desafiar a aquellos deshumanizados científicos, que jugaban con nosotros, los seres humanos, como si fuésemos indefensos cobayas.

— Me mofaré de todos, malditos seáis — mascullé.

Solté una carcajada, di media vuelta, y volví al cercano bar de Kitty. Entré en él, con un silbido jovial entre dientes. Me encaré a mesas, sillas y mostrador vacíos. Caminé hacia una copa y una botella. Hice un gesto a la nada, riendo.

— Hola, amigos — saludé — . Encantado de verles a todos de nuevo. Kitty, muchacha, te veo llena de atractivos, como siempre. Quizá has engordado un poco. Ese régimen de calorías, Kitty...

Chasqué la lengua y me eché un buen trago. Luego, fui a la gramola. Funcionaba aún, pero eso no importaba. Elegí dos buenas canciones de moda, y eché una moneda, silbando siempre con jovialidad. Burlándome de mí mismo y de aquel absurdo que me rodeaba.

Luego, con la botella en la mano, caminé hacia la salida. Me paré en la puerta, y con la vidriera abierta. Me di un golpe en la frente.

— Eh, perdona, Kitty —dije—. Estúpido de mí. No te había pagado la bebida... Toma, y guarda el cambio, preciosa. Ya, ya me darás mañana un beso. Ahora tengo sueño...

Tiré unas monedas, que rodaron por el mostrador, grotescamente, cayendo en alguna parte. Salí a la calle, con la botella. Solté una carcajada prolongada, despidiéndome a voces:

— ¡Adiós, Kitty, encanto...!

Y empiné la botella, bebiendo de ella directamente.

En ese momento sonó la voz a mi espalda:

— ¡Mantell! ¿Qué está haciendo? ¿Hay, *realmente,* gente ahí

dentro?

Me volví, sobresaltado. La botella cayó de mis manos, haciéndose pedazos, estruendosamente, en plena acera.

— ¡Doc! —rugí—, ¡Doc Val Guest! ¡Esta vez no escapará!

Y me precipité sobre él.

* * *

Le aferré por las ropas antes de que pudiera él evitarlo.

Luego, le solté un impacto seco al mentón, y le vi tambalearse, pese a su firmeza y arrogancia. Otro directo al hígado, dio con él en tierra, dando volteretas.

Me precipité sobre él, enarbolando mis puños, lleno de ira, llameantes sin duda mis ojos, decidido a machacarle, si era preciso.

— ¡Mantell, espere! ¿Qué hace? — protestó él, alzando sus brazos para cubrirse.

Le aferré de nuevo, incorporándole. Le iba a golpear de nuevo, y él no hacía nada por pelear. Simplemente se cubría, protegiéndose lo mejor posible de mis golpes.

Alguien gritó, deteniéndome:

— ¡No, no peleen, por Dios! ¡Estén quietos! ¿Qué les ocurre a ustedes?

Estupefacto, me detuve, con mi puño en el aire. Miré. Solté a Mantell.

— Como en el sueño o lo que fuese esa maldita y sucia experiencia suya... — jadeé, soltando a Val Guest, y volviendo luego el rostro a la persona que había intercedido para que no le machacara el rostro — . Mizar...

— ¿Por qué peleaban? — se sobresaltó ella, llegando hasta nosotros con rápido taconeo, que sonaba hueco en la silente urbe —. ¿Es que se han vuelto locos? En el tren parecían ustedes amigos...

—¡Amigos! —mascullé. Señalé a Doc—. Mire a ese cerdo, Mizar,

y dígame si él puede ser amigo mío. ¡Un tipo sin conciencia, uno de esos científicos deshumanizados y crueles, que nos consideran como conejos de indias y juegan con nuestras emociones, con nuestros cerebros, con nuestras propias vidas! ¡Esa clase de tipo es Doc Val Guest! Y, por lo que veo, también a usted ha debido mezclarla esta vez en... esta maldita cosa que preparan sus computadoras.

— No le entiendo... — Mizar sacudió la cabeza.

— No le haga caso — habló Val Guest. Luego me miró con fijeza — . Le oí hablar antes, despedirse de alguien ahí dentro. ¿Hay gente en ese local?

Le miré, con auténticos deseos homicidas. Mascullé las palabras como si las mordiera:

— De sobra sabe usted que no, sabandija... ¡Bien sabe que aquí no hay nadie, que en ninguna parte hay nadie, porque así lo quieren sus experimentos!

Me estaba contemplando profunda, gravemente. Fue a la puerta del bar de Kitty, tras dar un puntapié a los vidrios de la botella. Se asomó, examinando el lugar. Volvió a mí, mirándome gravemente, con ojos preocupados.

Luego, meneó negativamente la cabeza.

—No, Mantell —dijo—. Esta vez, no... Esta vez no es obra nuestra. No estamos creando cosas para su mente. Ni usted está viendo cosas que no son. No sé lo que pasa, pero ahora, todo esto, ¡está sucediendo realmente...!

Le contemplé, sin dar crédito a lo que oía. El tenía una expresión dura, sombría, profundamente preocupada.

Y allá, tras él, por el fondo de la calle, les vi llegar.

A todos ellos. A los cinco restantes viajeros del monorraíl.

* * *

Formamos un grupo silencioso, perplejo. Pero, cuando menos, un grupo.

No era igual que antes. No estaba solo. Estábamos solos.

Solamente que la soledad, en compañía, aunque fuéramos ocho personas nada más, ya era algo.

Val Guest explicó la situación en pocas palabras, mientras yo permanecía callado, taciturno:

— Escuchen todos. Hemos comprobado que no hay nadie, excepto nosotros. Eso es evidente. De modo que vamos a estudiar la situación con frialdad, sin dejarnos llevar por emociones inadecuadas.

— Eso es fácil de decir, amigo — protestó uno de los viajeros, el fornido pelirrojo de ojos claros —. Pero, ¿cómo se explica esto?

— No lo sé. Ray Mantell es un hombre que ya tuvo una desagradable experiencia anterior en ese terreno. Admito que fui el culpable. Yo, y otros como yo. Pero entonces era sólo un producto mental, algo que no ocurrió en realidad, salvo en el cerebro de Mantell. Ahora, parece distinto. Lo estamos viviendo *todos.*

— ¿Han comprobado que todo está vacío? — indagué, con voz ronca, mirando a los pasajeros del convoy.

—Sí —afirmó el hombre del libro de tapas rojas—. No hemos encontrado a nadie. Por eso nos agrupamos, asustados. El señor Val Guest se reunió con nosotros, informándonos de lo mismo, y decidimos buscarle a usted. El..., él parecía sumamente preocupado por usted.

— Tenía sus razones — dije con sarcasmo, mirando de soslayo a Doc, que inclinó la cabeza, silencioso —. Sigan, ¿Qué experiencias tuvieron, exactamente?

—Yo me llamo Ilse —dijo la joven rubia, con voz educada, suave —. Soy profesora y doy clases nocturnas fuera de la ciudad. Volvía a mi domicilio. Olvidé mi llave y llamé como es costumbre. No acudió nadie. Avisé por el fono interior con igual resultado negativo. Nadie me atendió. Fui en busca de unos patrulleros amigos. Encontré el coche vacío. En un local cercano, no había absolutamente nadie. Me asusté. Entonces me encontré con el señor Val Guest y con Rod Corman...

Señalaba al hombre del libro rojo, y entonces me acordé de quién era, por su nombre.

— Rod Corman... — comenté, mirándole — . ¿El presentador de programas de televisión?

— El mismo — sonrió él — . He coincidido a veces con la

señorita Ilse, en el monorraíl. Cuando voy a grabar algún reportaje especial fuera de la ciudad...

— No le reconocí. Veo poca televisión — me excusé.

— No importa. Lo cierto es que yo siempre paso por el club cercano a mi residencia, antes de dormir, por tarde que sea. El club está abierto hasta la madrugada. Hoy estaba también abierto. Pero sin un alma dentro. Eso es insólito. Ni camareros, ni empleados, ni siquiera clientes. Todo en orden, eso sí. Como si hubieran estado allí, tomando sus habituales consumiciones,.., desapareciendo luego tranquilamente, sin mover nada.

— Es la sensación exacta que hay en todas partes — convine. Y miré, aviesamente, a Doc —. Pero para mí no es ninguna nueva experiencia, se lo aseguro...

— Para mí, sí — afirmó Corman — . Y desagradable. Me inquieté. Fui entonces al hotel, donde me alojo. Ni había conserje, ni persona alguna de servicio. Eso era ya raro. Busqué a alguien, incluso pensé en molestar a unos clientes amigos... ¡y sus camas estaban deshechas, como si ellos hubieran dormido en ellas, pero sin haber nadie! Llamé a la policía. Sólo tienen grabaciones. No atienden a nadie.

— Cielos... — no separé mis ojos aturdidos de Val Guest—. Todo coincide, ¿no? Supongo que esto no será ahora... una experiencia colectiva, ¿verdad?

—Cielos, Mantell, es demasiado serio para bromear —se quejó Doc.

— Es que yo no bromeo, Doc.

—Ni yo tampoco, se lo juro. Digo la verdad. ¡No sé nada de esto!

— El cazador, cazado — reí entre dientes — . Tendría gracia, si no fuera tan serio, tan inexplicable...

— Mi nombre es Alex — explicó el tercer viajero que dormía apaciblemente en el vagón del monorraíl —. Me ha sucedido algo similar. Mi mujer, mis hijos... Mi perro... No hay nadie en casa. Ni vecinos. Salí despavorido, avisé a la policía. No acudió nadie. Sólo responden cosas computadas, como dijo Corman,.. No entiendo nada de esto. ¿Qué ha sido de todos ellos, de mi familia, de mis seres queridos? ¿Qué les pudo ocurrir?

—Tranquilícese —le calmó Val Guest—. No pudo ocurrirles

nada. Absolutamente nada, Alex.

— Pero... ¿dónde están?

— Eso es lo que hemos de averiguar. Tenga en cuenta que es casi todo el mundo lo que falta aquí. Estamos solamente nosotros, que se sepa. Haremos todo lo que hizo mi amigo Mantell en... en su experiencia anterior. Unidos, en grupo, si eso nos da más ánimos. Es posible que suceda sólo en este Nivel, o que haya un simulacro de ataque nuclear, realmente... Veamos. Mantell nos dirigirá. El, por desgracia..., posee ya una rara experiencia en esta situación.

— Sí — afirmé entre dientes — . Por desgracia... Síganme todos. Y no se separen ni se dispersen. No sé por qué..., tengo miedo. Temo que si alguno de nosotros se desvía..., no vuelva a aparecer después.

Les impresionó. Lo sentí, pero era lo que yo pensaba, y valía más advertirlo. Además, yo no hubiera soportado otra vez la soledad, la auténtica, absoluta soledad. De este modo, era más llevadero. Mucho más llevadero...

Empezamos el recorrido. Por los refugios nucleares.

Luego, siguió el Nivel inferior, con su feria llena de luz y de ruido, los clubs nocturnos, los teatros, los espectáculos...

Hicimos las llamadas de rigor, lo recorrimos todo.

El resultado fue el mismo que si aún llevase en mi cerebro los electrodos de Val Guest. No encontramos a un solo ser viviente. Ni humano, ni animal.

Finalmente, nos detuvimos, agrupados, en una amplia, inmensa plaza rodeada de luces, de jardines, de rumorosos surtidores de agua luminosa.

— ¿Y bien? — les dije, contemplando aquel cerco de rostros angustiados —. ¿Qué hacemos ahora, amigos míos?

—Aprovechar la ocasión, creo yo.

Le miramos todos. Era el pelirrojo fornido quien había hablado. Su ancho rostro tenía un gesto peculiar. Sus celestes ojos brillaban, maliciosos.

— ¿Cómo dijo? — se interesó Doc.

— Lo que oyeron: aprovechar la oportunidad que se nos

presenta. No habrá otra, posiblemente en toda la historia del mundo. No sé lo que está sucediendo, pero sí sé algo. Todos tenemos que trabajar, todos luchamos día a día por ganarnos un salario, mejor o peor. ¿Y qué se nos presenta ahora? Una ciudad. Una ciudad entera..., a nuestra disposición. La mayor ciudad del mundo. El centro de todos los núcleos urbanos conocidos: Metrópolis. Con sus grandes tiendas, sus Bancos, sus comercios, sus residencias de lujo...

— ¿De qué sirve todo eso, cuando no hay nadie? — se quejó Ilse.

— No ven más allá de sus narices. ¿Es que no lo entienden? El dinero, «todo» el dinero de la ciudad es nuestro. No hay policía, no hay gente, los Bancos están desiertos. Pero todo lo demás se conserva. Habrá cientos, miles de millones. Podemos ser, cuando esto termine, los más ricos del mundo. Nosotros ocho.

— Eso sería robar... —protestó Alex, escandalizado.

— Robar... ¿a quién, si no hay nadie? — rió el pelirrojo — . Sería sencillamente, quedarnos lo que es de todos, en la proporción que ahora nos corresponde. Luego, suceda lo que suceda seremos ricos. Inmensamente ricos.

—Y si nada sucede... ¿qué habremos logrado? —dije fríamente.

—¿Cómo? —el pelirrojo se volvió, mirándome sorprendido — . ¿Qué dijo usted?

—Suponga que todo sigue igual. ¿De qué le servirán sus millones? Ahora no necesita dinero tampoco. Puede comer, beber hasta hartarse, alojarse en los mejores sitios, romper los vidrios de una tienda, vestir las ropas más caras... ¿Y qué? ¿Ganará algo con eso?

Hubo un profundo silencio. Mizar movió la cabeza, asustada.

— No puede ser tan horrible — rechazó —. Esto cambiará. Todo será diferente mañana.

—Mañana... —repetí, con sarcasmo—. Si no estamos viviendo una fantasía de algún científico chiflado, amigo de Val Guest, dudo mucho de que esto tenga arreglo fácil.

— Esta ciudad tiene millones y millones de seres. Es la mayor del mundo. En algún sitio tienen que estar... — protestó Ilse — . Y volverán, claro...

— Todo lo que ustedes puedan preguntarse ahora, me lo

pregunté yo anteriormente — bostecé — . Recuerdo que, en mi ingrata experiencia, terminaba por volver a la Terminal, aunque en vano, y... ¡La Terminal!

Se sobresaltaron al gritar yo. Mizar e Ilse, pese a su diferente condición social, se abrazaron mutuamente, unidas en el infortunio del momento, como únicas mujeres que eran en aquel insólito grupo.

— ¿Qué diablos le ocurre ahora? — indagó Val Guest, ceñudo.

— La Terminal... ¿Es que no recuerda ninguno de ustedes? ¿Ha vuelto alguien allí, de entre ustedes?

Todos movieron negativamente la cabeza. Yo les recordé, excitado:

— Todos pudimos ver al jefe de trenes, saludándonos desde la ventanilla... Y a la muchacha sentada en el banco del andén, leyendo y fumando...

—¡Es verdad! —estalló Rod Corman, exaltado—. ¡Yo también recuerdo eso!

—Entonces, señores... ¡a la Terminal! —concluyó rotundo Val Guest.

Y hacia allá nos lanzamos todos, a paso de carga. En busca de los únicos seres vivientes que habíamos visto, aparte nosotros mismos.

Nos esperaba otra desagradable sorpresa.

Desagradable..., y absurda.

* * *

La muchacha seguía leyendo y fumando. Ajena al frío, ajena a todo.

Yo me detuve ante ella. Los demás, en tropel, fueron hacia la ventanilla del jefe de trenes, con la excepción de Mizar que se detuvo junto a mí. Sentí su cálida proximidad. Y el roce de su mano en mi brazo. Como antes. Como en la experiencia psicomental.

— Dios mío... —dije.

Toqué a la dama de las piernas bonitas. Cayó al suelo la revista ilustrada. Y el cigarrillo humeante. También ella.

Vi rodar su cuerpo blanda, suavemente. Sin ruido. Se quedó a nuestros pies, inmóvil. Nos contemplamos Mizar y yo, horrorizados. Mis cabellos se erizaron en la nuca.

—Cielos, ¿qué... qué significa? —gimió ella.

—Significa... que *no es* una mujer —dije roncamente—. No es un ser humano. Es... una imitación.

— ¿Una *imitación*? — repitió ella, inquieta.

— Eso es: un muñeco. Una perfecta figura de alguna materia especial... — me incliné, toqué sus piernas, su cuerpo, su rostro, bajo el cabello sedoso y suave, los ojos inmóviles, de material parecido al vidrio. Bajo mis dedos, la falsa carne se reveló fría y algo blanda. Me incorporé, con una sensación desagradable en todo mi ser. Me estremecí—. Es... es como materia plástica o goma... Nada real. Un maniquí.

— Pero... ¿por qué? — gimió Mizar.

— Dios, si lo supiera.. — musité, asustado.

Oí un grito ronco, rumores excitados. Me volví. Otra vez sentí que se me erizaba el cabello, con auténtico horror.

Ellos volvían. Mis amigos de infortunio. Con *algo* en sus manos, sujeto con fuerza por Doc Val Guest. Algo... espeluznante.

Una cabeza. La cabeza del jefe de trenes.

La tiraron a mis pies. Rodó, como si la guillotina hubiera funcionado, invisible. Se quedó ante mí, mirándome con su rubicunda faz, con sus ojos afables y su sonrisa servicial. <

Mizar chilló, abrazándose a mí, ocultando el rostro con un sollozo de terror. La oprimí, instintivamente. Miré a Val Guest. El estaba lívido. También los demás. Imaginé cómo estaría yo mismo.

— ¿Qué... qué es eso? — indagué, tenso.

—Ya lo ve, Mantell —susurró Doc—. Una cabeza...

— ¿Humana?

— Cielos, no — se estremeció Rod Corman — . Sólo una cabeza

artificial, plástica. Muy bien imitada, eso sí. Estaba puesta sobre la ventanilla misma. Parecía parte de un hombre. Pero no había nadie dentro.

—Y… y esa cabeza… — la contemplé, sombrío — . ¿Tiene algún mecanismo para hablar, para actuar en alguna forma?

—No, en absoluto —rechazó Val Guest — . Es una cabeza artificial, sin utilidad alguna.

—Sin embargo… —me detuve, alucinado, tragando saliva, mirándoles con profundo horror—. Sin embargo…, esa cabeza «habló», cuando nosotros salimos del tren. Lo recuerdo muy bien…

CAPÍTULO VII

El proyector de *videotapes* o cintas magnéticas con imagen y sonido grabado, funcionaba perfectamente. Tuvimos suerte en eso.

Contemplamos, en silencio, en aquella sala de proyección del edificio de la televisión, el programa íntegro. Mi programa.

Cuando terminó de pasarse la cinta y la experiencia de los científicos del Centro de Experimentos Psicomentales tocó a su fin, yo estaba perplejo. Simples imágenes de mi mente, habían sido captadas, tomando forma, color y vida, como hechos de la propia vida real, por la precisión fantástica de la electrónica. Val Guest llevaba consigo, en su maleta, el sistema grabador, conectado a los electrodos de mi cerebro durante el viaje en monorraíl. Y había obtenido una grabación sensacional.

Fue como vivir una pesadilla, dentro de otra pesadilla. A su término, todos los espectadores estaban asombrados, indecisos. Me

contemplaron como a un ser extraño e inquietante.

—Le felicito —suspiré, mirando a Doc—. Tuvo un gran éxito en eso. Ahora, explíquenos lo que está ocurriendo.

— De eso, tengo tanta idea como usted — se quejó él — . Sabe por qué me he prestado a exhibir el resultado del experimento. Quería que todos supieran lo que sabemos usted y yo. No sería justo que ignorasen lo ocurrido antes.

— ¿Puede tener relación una cosa con otra? — insinuó Ilse, pensativa.

— En buena lógica, no — rechazó Doc — . Pero, ¿hay lógica en todo esto?

Hubo un silencio. Nos pusimos lentamente en pie todos nosotros. Salimos de la sala de proyección, cruzando las dependencias del centro urbano de televisión, al que nos había conducido Rod Corman. No encontramos a nadie.*Ni al entrar ni al salir, por supuesto. Tampoco lo esperábamos ya.

— Mi familia... —gimió entre dientes Alex — . Si no fuera por ellos...

— Cálmese — le conforté — . Tiene que tener todo una explicación. No puede desaparecer una ciudad entera, compréndalo.

— Sí, pero, ¿qué explicación? Lo que le sucedió a usted, lo tuvo. Sólo que en mi caso...

En ese momento, Doc me tomó por el brazo. Me llevó aparte, hablando en voz baja.

— Mantell, he proyectado la totalidad de imágenes captadas por su cerebro — dijo.

—¿Sí? —le miré, enarcando las cejas—. ¿Y bien...?

— Pero he suprimido la secuencia final. La de su persecución tras de mí.

—Ya lo noté —arrugué el ceño—. Creí que lo hacía porque no quedó grabada...

—Todo quedó grabado.

—Entonces... —me excité—. Estaba deseando ver de nuevo a esa mujer...

— ¿La dama de plata? — sonrió Val Guest.

— Exacto, sí. Usted la vería claramente, si pasó ese video en su propio reproductor…

—Se equivoca. No la vi. No hay «ninguna» dama plateada en su experiencia grabada.

— Imposible — rechacé —. La vi claramente. Como a usted mismo. Sólo que ella asomaba en una esquina, y se evaporó tras de ésta, huyendo de alguna forma…

— Si su cerebro creó esa imagen, estaría ahí — suspiró Doc — . No hay dama alguna con la piel de plata. Venga a comprobarlo.

Me llevó a una cabina individual, donde proyectó las imágenes finales del video, tras excusarse con los demás con un pretexto.

Vi aquel momento de la carrera en pos de Val Guest, vi el instante en que volví a quedarme solo, totalmente solo, sin Mizar… Y el video terminó bruscamente. En ningún momento surgió la dama de plata.

—Pero… ¡no puede ser! —rechacé—. Yo…, yo la vi claramente, como todo lo demás… ¡No puede dudar de mí, Doc! ¡Era plateada, con ojos ambarinos, de destellos dorados, de forma rasgada, oblicua! Iba… iba desnuda o vestida también de plata, porque todo su cuerpo tenía el mismo color de manos y rostro… Es una visión absurda, ya lo sé. Pero, ¡yo la vi!

— No dudo de usted. Ni de la experiencia realizada —suspiró Val Guest, cerrando su maletín con el grabador de sensaciones electromentales, y el pequeño proyector individual, de bolsillo. También su preciada cinta de video quedó allí dentro, celosamente conservada. Salimos a reunirnos con los demás, que esperaban, en grupo, hablando excitadamente, junto a la salida del edificio de televisión,

—¿Entonces…? —musité.

— Esa mujer de plata es un enigma. Como lo es el maniquí de la estación, o la cabeza parlante. Forman elementos inexplicables, tanto en su experiencia como en esta realidad fantástica que nos toca vivir ahora… De cualquier modo, me intriga su dama plateada. Creo que por alguna razón muy concreta, no forma parte de lo grabado.

— ¿Qué razón?

— No lo sé. Supongamos, entre otras..., que ella no formó parte de lo que su cerebro estaba creando.

— ¿Qué?

—Supongamos que ella... *entró* en esa creación mental, por alguna extraña circunstancia inexplicable. Usted la vio, pero sus centros cerebrales no transmitieron la imagen, ni tan siquiera la idea, a los electrodos de transmisión.

— Sigue sin ser una explicación.

— No pretendo que lo sea. Sólo busco una posibilidad. Por fantástica que resulte.

Salimos nuevamente a la calle. Los ocho únicos habitantes de la ciudad: Ilse y Mizar, las dos mujeres; Doc Val Guest y yo; Rod Corman, de la televisión, Alex, el hombre que rezaba por su familia, Skull, el pelirrojo ambicioso, que soñaba con el dinero que la ciudad desierta ponía a su disposición, y Syd Lighter, el silencioso y taciturno octavo personaje del grupo, de quien sólo sabíamos que era experto en Cibernética. El, de entre todos, había parecido el más interesado en visualizar el video con mi experiencia mental. A fin de cuentas, afectaba a su especialidad. Pero se abstuvo de hacer comentarios. Lighter era hombre de escasas palabras.

Caminamos en grupo, como una singular y silenciosa manifestación. Todos sentíamos el mismo miedo a la soledad total. No queríamos ni siquiera correr el albur de quedarnos descolgados del grupo.

Pasamos ante grandes almacenes, de atractivos escaparates; ante restaurantes de lujo. Y ante Bancos y centros financieros de Metrópolis. Skull se detuvo ante uno de ellos, apretando los puños.

— Nadie nos impedirá quedarnos con cuanto se guarda ahí dentro — musitó —. Ni nadie iba a interrumpirnos en la tarea...

—Skull, su ambición tiene mucho de delito —avisó Val Guest fríamente — . No le importa robar. Sólo le frena el miedo al castigo, el temor a los demás. Sería capaz de desvalijarlo todo ahora, en su beneficio.

— Bien, ¿y qué puede importarle eso a usted? — se irritó Skull —, Trabaja para el Gobierno, conforme. Pero no es un policía, ni tan siquiera un empleado de la ley. ¿Por qué ha de prohibirme que me quede con todo el dinero que guste?

— No le prohíbo nada. Sólo que yo no voy a meterme ahí a desvalijar nada. Si usted desea hacerlo, hágalo. No nos quedaremos a esperarle, ni le haremos compañía. Se quedará solo. Y cuando se vea totalmente solo, ¿de qué le servirán sus montañas de billetes? El dinero no sirve para nada, cuando nada se puede comprar con él, ni hay nadie con quien canjearlo. Si se mete a cenar en ese restaurante, por lujoso que sea, seguro que nadie le presentará la cuenta. Usted podrá elegir los manjares, servirse su mesa, comer hasta hartarse, y luego salir de ahí tranquilamente. ¿Para qué quiere dinero?

—Suponga luego, cuando los demás regresen…, y yo sea rico, inmensamente rico…

—Cuando regresen… ¿de dónde? —rió Doc, sarcástico.

Hubo un silencio. Skull bajó la cabeza, contrariado. Pero era evidente que la obsesión del dinero fácil, en cantidades inmensas, flotaba en su mente. No cejaría hasta conseguirlo, aunque luego los billetes sólo sirvieran —para empapelar una pared. O para arrojarlos al aire.

Mizar no se separaba ahora de mí. Era como si la visión de aquel video, en la cabina de reproducción magnética de la televisión, le hubiese hecho pensar en algo.

— Ray… — dijo bruscamente.

— ¿Sí? — la miré.

— Ray, en… en su sueño, o lo que aquello fuese…, éramos grandes amigos los dos.

— Es cierto — sonreí — . Y estábamos solos.

— Ray, ¿por qué me veía de ese modo? ¿Es que… es que yo… le gusto?

La miré, pensativo. Ahora era diferente. Ella no simbolizaba la única forma de luchar contra la soledad. Aun así, resultaba agradable su proximidad.

— No puede disgustarme. Es una muchacha bonita, atractiva…

— Pero no soy la clase de chica en quien se fija un hombre como usted — rechazó — . Sabe lo que soy, a lo que he venido a la Metrópolis. Aquí siempre es más fácil la vida, se gana más dinero…

—No me importa demasiado todo eso, créame —sonreí —. Y

menos en estas circunstancias que nos tocan vivir:..

Ya ha oído a Skull. El también ambiciona dinero…, a su modo. Todos somos humanos, Mizar. Todos tenemos nuestros defectos, nuestras virtudes. Todos cometemos errores. Y todos podemos vivir de un modo o de otro, según la vida se haya comportado con nosotros.

— Gracias, Ray. Es usted un buen chico. Muy comprensivo. Me gusta usted, ya se lo dije.

Seguíamos caminando en grupo. Mizar y yo, levemente rezagados con respecto al resto de la pequeña comitiva, perdida en la Metrópolis.

La miré de repente, con curiosidad.

— Mizar, ¿no siente miedo? — indagué.

— ¿Miedo? ¿De la soledad? — sonrió, moviendo la cabeza negativamente —. No, no mucho. Estoy acostumbrada a sentirme sola, incluso rodeada de gentes… No es eso lo que me asusta, el saberme ahora en una ciudad inmensa, terriblemente vacía. Pero mentiría si le dijera que no estoy asustada. Lo estoy. Y mucho.

— ¿Qué teme?

— A lo desconocido. A lo que no entiendo.

— Eso nos sucede a todos — suspiré, afirmando con la cabeza.

— Todo esto… Ese maniquí tan perfecto, como un auténtico ser humano… Aquella horrible cabeza parlante… ¿Qué misterio es éste, Ray?

—Si pudiera responderle… Ya una vez viví algo parecido, usted lo ha visto. Empiezo a sentirme aturdido, a confundir una cosa con otra…

—Y… ¿y no se siente… «vigilado»?

La miré. Di un leve respingo y me detuve. El grupo siguió adelante.

— ¿*Vigilado*, ha dicho?

—Sí —afirmó ella suave, apaciblemente—. Eso dije.

Miré en torno. La tomé de la mano. Eché a andar, para no perder el contacto con los demás. Sentí su mano fría, temblorosa, entre mis

dedos.

— Vigilado, ¿por quién? No hay nadie aquí, salvo nosotros — señalé.

— Lo sé. Sin embargo, es algo que no puedo evitar… — miró en derredor también, y la vi estremecerse, con ojos repentinamente dilatados—. Es… es como si seres a los que no vemos, nos estuvieran contemplando… Siguiendo nuestros pasos, estudiando nuestras más mínimas reacciones…

— He sentido eso mismo en un par de ocasiones, pero me dije que sería cosa de mi imaginación, Mizar.

— No, no era su imaginación. Yo *sé* que es así. A veces, la sensación es más fuerte, como si ese invisible observador estuviese más cerca. O como si hubiese más ojos fijos en mí… Eso me asusta, Ray. Me asusta mucho…

Se aferró a mí. La tenía muy cerca. Sentí su cuerpo turgente, cálido. Pero temblaba.

Val Guest giró la cabeza. Nos miró con ironía.

—¿Tratan de repetir la historia tal vez? —se interesó él.

— Váyase al diablo — repliqué de mal humor.

Continuamos andando, sin rumbo fijo. Yo miré en tres o cuatro ocasiones a mí alrededor. Aprensivamente. Sin descubrir nada.

Vigilado…

¿Por qué dijo Mizar eso? ¿Qué clase de vigilancia podía existir, allí donde no había nadie?

Sin embargo…

Sin embargo, estaba seguro, a veces, de sentir lo mismo que Mizar. En alguna parte, había ojos fijos en mí, en todos nosotros. Observándonos, vigilándonos. Siguiéndonos, implacables…

— ¡Ray, *allí*! — gritó de súbito ella.

Se había vuelto en redondo. Miré, sobresaltado. Estaba señalando a un punto, en la amplia y desierta avenida. Todos se volvieron, alarmados. Formaron un hacinamiento, como buscando mutua protección. En vano buscamos algo anormal.

— ¿Qué? — indagué — . ¿Viste algo, Mizar?

—Dios mío, era increíble… —susurró ella, aturdida.

Respiraba con fuerza, estaba pálida, brillaban sus ojos. 1.a traté de confortar con serenidad.

— Vamos, cálmate — pedí —. No debes asustarte por nada. No temas. Mizar, escucha esto. Si viste, o creíste ver algo, debes decírnoslo. No vamos a dudar de tu palabra, puedes estar segura…

—Es que… no tiene sentido —musitó—. Era… era una mujer…

— ¿Una mujer? — Val Guest escudriñó la avenida — . No veo a nadie…

—Asomó allá, en aquella esquina —jadeó—. Era… una mujer con la piel color de plata…

Val Guest y yo nos miramos.

— ¡La Mujer de Plata! — grité.

Y eché a correr hacia el punto señalado por Mizar.

* * *

No había nadie.

Ni rastro de la mujer de plata. Ni de persona alguna. Solamente una calle, otra, otra. Todas vacías. Todas desiertas.

— Es inútil — mascullió Skull, jadeante — . Nunca la encontraremos. ¡Una mujer de plata! ¡Qué tontería…!

— ¡Yo la vi claramente! ¡Tenía los ojos oblicuos, me miraba…! — gritó Mizar.

— Claro — la calmé, volviéndome a los del grupo, a todos ellos, que me habían seguido en tropel — . La vio, Mizar. Ojos rasgados, oblicuos, color ámbar, con chispas doradas…

—Sí… —me contempló, asombrada—. Creí… creí que no la había llegado a ver…

— No, no la vi ahora — suspiré — . La vi *antes*…

— ¿Qué quiere decir con eso? — indagó Rod Corman —. En su... experiencia, no aparecía nada así. ¿O tal vez nos ocultaron algo...?

— No, no se les ocultó prácticamente nada — suspiró Doc Val Guest —. Ray Mantell afirma que vio a esa extraña mujer. No quedó registrada en la grabación. Pero ahora, se repite su aparición. Y eso ya significa algo de por sí.

— ¿Qué? — quiso saber Syd Lighter.

— Que la dama de plata no forma parte de un simple impulso electromagnético de la mente de Mantell. Esa dama *existe.* Y tiene algo que ver con todo lo que nos está sucediendo.

—Todo eso suena demasiado fantástico — rechazó Skull.

— Es posible. También resulta fantástico que una ciudad se quede desierta, y que una cabeza de plástico hable. Hay muchas cosas inexplicables en todo esto.

— ¿Y vamos; a pasarnos toda la noche andando, en busca de una explicación? — preguntó Corman.

— Creo que no es prudente, ni tan siquiera útil — señaló Val Guest —. La situación continúa. Si mañana, al ser de día, todo ha vuelto a la normalidad, tanto mejor. Si no..., será preferible que estemos en el mejor uso de nuestros sentidos, para afrontar la situación y adoptar una resolución, la que sea.

— ¿Está aconsejando que... nos vayamos a dormir? — dudó Ilse, alarmada.

—Es lo más sensato —afirmó Doc—. Todos a dormir. Hasta el nuevo día, amigos míos.

— Pero eso significa dispersarnos, aislarnos de nuevo... Tal vez nunca nos reunamos, y eso sería enloquecer en la mayor soledad... — protestó Lighter, ceñudo.

— No me han entendido. No hay por qué separarse ni tomar caminos diferentes. Debemos continuar unidos. Somos pocos, pero nuestra débil unión es una fuerza. Cuando menos, para conservar nuestro equilibrio mental.

—Estoy de acuerdo con el doctor —afirmó Corman.

—Y yo —musitó Alex — . Pero... ¿y mi esposa, y mis hijos, mi hogar...?

— Su hogar ahora, Alex, es un lugar vacío y desolado, en tanto ellos no vuelvan — le repliqué vivamente — . Haga como todos. Supongo, Doc, que nos sugiere ir a alguna parte, a descansar todos bajo un mismo techo, cerca unos de otros...

—Ahí —señaló Val Guest—. Habitaciones de dos camas. De pareja en pareja, para mayor compañía y unión.

Era un hotel. Un lujosísimo, confortable hotel, cuyo luminoso destacaba en la noche. Asentí. Era buena idea. Mejor que separarse.

— Conforme — asentí — . Las dos mujeres pueden compartir una habitación. Nosotros también formaremos parejas. Habitaciones contiguas todas. Lo más cerca posible.

— Eso es. Y dormir. O intentarlo, cuando menos. El cansancio es posible que haga mella en nosotros y nos ayude a conciliar el sueño — dijo Val Guest —. Si alguien lo prefiere, le proporcionaré un somnífero suave.

Todos estábamos de acuerdo. No hubo discusiones. Entramos en el lujoso hotel. Elegimos la primera planta, y en ella cuatro habitaciones.

Lighter y Skull formaron una pareja; Alex y Corman, otra; Val Guest y yo, la tercera. A nuestro lado, en el dormitorio inmediato, se quedaron Ilse y Mizar.

— Felices sueños, Mantell — me deseó Doc, al acostarse vestido, sobre el lecho, arrojando encima un simple cobertor.

— Ojalá los haya — murmuré, despojándome de mis ropas, de cintura para arriba, y entrando en mi propio lecho. Miré el ventanal, la negrura de la noche al otro lado. En voz alta, me pregunté — : Y mañana... ¿Qué habrá mañana, al otro lado de esos cristales, Doc?

— Sol, me imagino. Y luz radiante.

—Y... ¿en la Metrópolis?

— No sé — se encogió de hombros — . Quizá lo mismo de siempre. O lo mismo de esta noche.

—Tal vez mañana..., nosotros tampoco estemos aquí — sugerí yo, pensativo.

—Tal vez... Debemos aceptarlo todo como probable.

Y resignarnos. No se puede luchar contra lo que no se entiende, Ray.

— No, supongo que no — di vueltas en el lecho, me acomodé lo mejor posible. Bostecé. Mi cuerpo, mi mente, todo era dominado por el cansancio, el agotamiento físico y cerebral. Habían sido demasiadas emociones, reales o imaginadas — . Buenas noches, Doc.

— Buenas noches, Mantell.

Apagué la luz. Cerré los ojos. Sin saber dónde los abriría a la mañana siguiente, ni a qué nueva realidad. Ni siquiera sabía si llegaría a abrirlos de nuevo...

CAPÍTULO VIII

Sí. Los abrí de nuevo.

Ya los había abierto de nuevo. Y era de día. Y había luz afuera. Luz del sol.

Me incorporé. Miré en torno, pensativo. Lancé una imprecación.

¡Estaba solo!

Solo…, en un lugar desconocido.

No era el hotel. No era el dormitorio donde conciliara el sueño la noche antes, junto al lecho ocupado por Doc Val Guest.

—¡Doc! —grité—. ¡Doc…!

Me retumbó la voz, despertando ecos. El lugar era amplio. Frío, desangelado, extraño. Con alta bóveda. Sin muebles. Sólo aquel en que yo yacía. Eso, y muros desnudos. Sin aberturas. Solamente la amplia y oval, por donde entraba la luz solar.

¿Adónde me habían conducido? ¿Qué extraño lugar era éste?

— ¡Eh! —grité, incorporándome totalmente, golpeando en los muros — . ¿Qué maldito lugar es éste? ¿Dónde me han metido y por qué? ¿Qué sucede aquí?

Mis golpes en los paneles revelaron que, aunque parecía metal, eran de una materia elástica, que no causaba daño, pero que no cedería por nada del mundo. Busqué mis ropas, sin encontrarlas. Estaba vestido solamente hasta la cintura. Mi torso aparecía desnudo.

Pero no hacía frío allí. Y la dorada, tibia luz solar, entraba con fuerza por el ventanal. Traté de ver algo más allá afuera, pero sólo descubrí el cielo, el sol y la luz del día.

Di varias vueltas por aquella especie de hermética celda sin puertas, adonde había llegado misteriosamente durante mi sueño. De algo estaba seguro.— no era ninguna pesadilla. Yo estaba despierto ahora. Y bien despierto. Aunque sin entender nada.

Volví al lecho. Me senté. Traté de recapacitar, de mantener serenos mis nervios y no alterarme por nada. Nos habíamos ido a dormir a aquel hotel, corriendo cualquier clase de riesgo, aceptando lo que con ello pudiera suceder, al despertarnos.

Pues bien, éste era el despertar. Formaba parte del riesgo.

Pero… ¿qué riesgo, exactamente?

Miré mi reloj. Eran las doce y media. Muy tarde. Mediodía. Había dormido bastante, a pesar de la avanzada hora de la madrugada en que me acosté. Sentía mi mente clara, despejada. Ni dolor, ni pesadez, ni sopor alguno.

El reloj funcionaba. No había error en la hora, a menos que alguna influencia magnética o alguien, intencionadamente, hubiese alterado su hora. Y no veía razón para eso.

Mi cuerpo estaba también relajado, suave, firme y descansado. No sólo por el sueño y el reposo, sino como uno se siente después de un masaje, un relax total…

Busqué cigarrillos en mis bolsillos, Me maldije a mí mismo. Los había dejado en la prenda superior. Y ésta brillaba por su ausencia.

De súbito, ocurrió algo.

Una voz me llamó por mi nombre.

— Ray Mantell — dijo —. Ray Mantell.

Una voz fría, impersonal, metálica. Di un respingo. Miré en torno. No vi a nadie. Pero la voz parecía flotar aún en el ambiente.

— ¿Sí? — indagué, tenso, buscando por doquier, aunque fuese un objetivo oculto de televisión, o cosa parecida. Pero no vi nada de nada.

— Ray Mantell, póngase en camino.

—¿En camino? ¿Adonde..., y por dónde? —objeté, con aspereza, sin hallar el punto de origen de aquella gélida voz.

Como respuesta, empezó a abrirse un panel en aquel muro hermético: una puerta deslizante, silenciosa, invisible poco antes. Me vi ante un corredor iluminado, de paredes curvas y terso suelo espejeante, color blanco intenso.

Me moví. Avancé por aquel corredor. No había otro camino a elegir.

El sendero me condujo hasta una especie de cilindro de vidrio, vertical, de enorme profundidad. Como un tubo. Acaso un ascensor. Pero sin plataforma. Se abrió una puerta en el vidrio. La voz metálica insistió:

—Ray Mantell, entre en ese tubo. No tema nada.

Yo temía muchas cosas, pero tanto daba ya. Si querían hacerme daño, me lo harían. Daba la sensación de estar perfectamente controlado. Pero por ahora, el trato no era violento. Valía más obedecer, sin protestas ni resistencias de ninguna clase.

Pasé el umbral. Pendí del vacío. Creí caer abajo, en vertical, a plomo. No ocurrió nada de eso. Una fuerza magnética me retuvo en pie, dentro del cilindro. Luego, esa fuerza me impulsó abajo, pero a velocidad regular, controlada, y sin perder mi estabilidad, siempre en pie.

Al menos debí descender dos o trescientas yardas. Mucha, muchísima profundidad. Ya no había luz solar allí. Solamente la claridad de unos grandes proyectores de luz blanca, cálida.

El tubo ascensor volvió a abrir ante mí una puerta. Salí por ella. Me encontré en un inmenso, gigantesco plano bruñido, terso. Una nave increíblemente grande y alta. Era como un diminuto ser, un enano o un insecto perdido en unas dimensiones ciclópeas para mí.

La voz metálica susurró, impersonal siempre.—

— No se mueva. Quédese donde está. Va a ser recibido por el Amo.

—¿El Amo? —repliqué de nuevo, sorprendido, alzando la cabeza, buscando el origen de la voz fantasmal.

— El Amo, sí. El Señor de las Marionetas Animadas...

Y cesó la voz. Un chorro de claridad cayó en el

centro, formando cerco en torno mío. Alcé la cabeza. Contemplé el raudal de luz. Traté de ver algo más...

Luego, los roces sobre el suelo de la vasta sala, me hicieron desviar la atención.

Vi a todos ellos. Lancé un grito de júbilo.

— ¡Mizar, Doc! ¡Ustedes...! Ilse, Skull, Alex, Corman, Lighter... ¡Qué alegría verles de nuevo!

El grupo se movió hacia mí. No expresaron nada sus rostros. No me sonrieron siquiera, ni parecieron conocerme. Se detuvieron a alguna distancia mía. Fríos, herméticos, casi hostiles.

— Eh, ¿qué les ocurre a todos? —protesté—. ¿Acaso no me recuerdan ya?

— Es inútil que les hable, Ray Mantell — habló la voz metálica — . Son sólo marionetas.

— ¿Qué? — aullé.

— *Marionetas* — repitió la voz — . Muñecos animados. Como ese que entra ahora. Como todos...

Miré al que entraba ahora. Incrédulo, lancé una imprecación. Le seguí con mirada absorta, con ojos dilatados, hasta que se reunió con los demás, y me estudió, tan impersonal y rígido como todos.

Aquel nuevo personaje..., «era yo». Yo mismo...

Luego, vi entrar a la dama de plata. Seguida de otras cien damas de plata, iguales a ella...

* * *

—¡Es imposible! —grité—. ¡Esos son mis amigos! ¡Son ellos!

— ¿Y él? — sonó la voz — . ¿El... es *usted*?

—No, no, claro que no... —avancé decidido, en derechura a aquel grupo de personas que tan familiares habían llegado a serme. Ellos no hicieron nada por alejarse, por eludir mi contacto. Tomé una

mano. La de Mizar. Y retiré en seguida mis dedos, con una sensación de horror, de náusea.

—¿Se da cuenta ahora,. Hay Mantell? —sonó la voz metálica.

— Dios mío... Mizar... ¡Mizar es de materia plástica..., como la figura de la estación! —musité, sintiendo aún en las yemas de mis dedos el roce de aquella blanda materia fría.

— Todos lo son. Copias perfectas. Seres humanos, hechos por el Amo.

— Copias... Copias a tamaño... natural. Como personas... — gemí — . Es enloquecedor...

— Copias a su propio tamaño, sí. Nadie las distinguiría de las auténticas.

Aquel diálogo con una voz de origen desconocido, era para enloquecer. Sobre todo, viéndose acompañado uno de aquellas reproducciones, una de las cuales..., era yo mismo.

—Y ellas... —señalé a aquel nutrido grupo de damas plateadas, idénticas entre sí, de piel color de plata, de ojos oblicuos, de extraña desnudez, como metal — . Ellas... ¿también son... *marionetas*?

— Las primeras marionetas del Amo. Pero las mujeres de piel metálica resultan menos vistosas que vosotros. Son tan iguales... Además, el Amo no tenía más que un ejemplar para reproducir... Un solo ejemplar..., y todas tenían que ser idénticas. Vosotros sois diferentes. Muy diferentes. Tan variados, tan diversos...

—¿Nosotros? ¿Quiénes somos «nosotros»? —indagué, asustado —. ¿A quiénes se refieren, concretamente?

—A los humanos. A los habitantes del planeta Tierra... A ustedes.

—Humanos... Habitantes de la Tierra... Temo... temo no entender...

— Pues es sencillo Ellas, las mujeres de plata, son de otro lejano mundo... Humanoides de otro planeta, con epidermis metálica...

—Todo eso suena a puro disparate. ¿Dónde... dónde estoy ahora?

— En Zhor. El planeta Zhor, hombre de la Tierra... — fue la

alucinante respuesta de la voz de timbre metálico y tono impersonal.

Me quedé helado. Incapaz de reaccionar.

Una nueva voz, potente y atronadora, retumbó en la vasta sala, haciéndola vibrar, casi ensordeciéndome. Una voz extrañamente sonora, pero de atiplado matiz.

—Y yo…, yo soy el Amo, hombre de la Tierra —dijo.

Miré.

Y vi al Amo. O parte de él.

CAPÍTULO IX

El Amo...

Creo que jamás he sentido un terror más vivo, más profundo. Un terror que heló la sangre en mis venas, erizó mis cabellos, y me hizo sentir extrañamente indefenso, vencido, entregado a una fuerza colosal, capaz de arrollarme con sólo desearlo.

El Amo...

No. No podía verle entero. Eso era imposible. Era una pequeña parte de él la que me era dado ver. Y no resultaba agradable.

En el muro amplio se había abierto un gran panel. Por él, asomaron sus ojos.

¡Qué ojos, Dios mío! Los ojos del Amo...

Redondos, grandes, amarillos, malignos... Asomando de un rostro cuya escasa parte visible, era rosada y velluda, fofa y palpitante. No tenía cejas ni pestañas. Solamente los redondos globos amarillentos de sus ojos, con unas estrechas pupilas de un verde bilioso y luminiscente. Casi como un felino, pero infinitamente más feo, más repulsivo.

Aquel ser, a juzgar por el volumen de sus ojos, de su cabeza, no visible, debía ser inmenso. Alto como un edificio, posiblemente con más de cincuenta yardas de altura... Un coloso. Un gigante.

Pero ni siquiera era humano. No eran ojos humanos, ni piel humana, ni rasgos humanos. Imaginarse el resto de aquel ser,

espantosamente feo, adiposo y de blancuzca piel, de sebosa carne blanda, era superior a mis fuerzas. Y además, no era grato lo que se me pudiera ocurrir.

Me sentí prisionero de algo demasiado grande, demasiado terrible y poderoso para escapar a ello fácilmente. Yo era sólo una... una marioneta. La voz metálica lo había dicho. Un muñeco de carne y hueso, fácilmente reproducido en una materia blanda, a semejanza de la que formaba el monstruoso, ciclópeo ser de allá afuera, curiosamente asomado para verme, para contemplarme ahora, como un horripilante niño grande que quisiera jugar con sus muñecos preferidos. Un juego siniestro, diabólico, que quizá desembocase en la muerte. Y en algo peor.

— ¿Qué significa esto? — grité, corriendo lo más lejos posible de aquel ser abominable, que me contemplaba, sarcástico, complacido, feliz con su nuevo juguete.

Sus ojos redondos se estrecharon en lo que, sin duda, era una mueca burlona, divertida. Sentí un jadeo desagradable, que quizá era su modo de reír.

—Apenas oigo tu voz —dijo—. Eres un ser tan pequeño, tan miserablemente pequeño..., hombrecillo. Yo, Ilak, el Amo de Zhor, el Señor de las Marionetas Animadas..., soy demasiado grande y poderoso para vosotros. ¡Yo soy capaz de reconstruir habitantes de planetas, ciudades enteras, hasta en su más mínimo detalle! ¡Mis máquinas trabajan por mí, crean cuanto les pido, y no hay límite para mis deseos!

Empezaba a comprender. Y era terrible. Más allá de todo lo imaginable. De algún modo, aquel planeta estaba poblado por auténticos colosos, por titánicos seres de gran tamaño. Y de ellos, Ilak, el Amo, quizá era el peor. O el jefe supremo.

Nosotros éramos juguetes en sus manos. Nosotros y hasta nuestras ciudades. Hasta Metrópolis, la mayor y más hermosa de todas las urbes del mundo... El era capaz de reconstruir ciudades exactas. Poseía recursos, mecanismos, y una rara inteligencia para copiar. Ahora estaba claro...

— ¡Tú copiaste Metrópolis! —grité con toda la fuerza de mis pulmones, sin dejar de alejarme de él, aunque fuese estéril. Si introducía allí una extremidad, fuese como fuese, me daría alcance sin problemas—. ¡Tú hiciste una ciudad exactamente igual..., pero sin gente, sin otros seres que tus mujeres metálicas, color plata,

vigilándonos...!

— Eres listo — sonó la voz aguda y poderosa del Amo de las Marionetas—. Sí, terrestre. Yo capté una transmisión mental. Mis máquinas recibieron tus ondas mentales, sometido a un experimento... Me pareció divertido. Os hice trasladar aquí, gracias a mis poderosos medios de control remoto, de transporte de la materia... A una Metrópolis hecha por mí. Sin más gente que vosotros... Una copia de vuestra gran ciudad, en el suelo de mi planeta Zhor.

Y vosotros... ¡vosotros sin saberlo, sin enteraros jamás de que formabais parte del juego de Ilak, el Amo!

Habíamos sido teletransportados a un lejano mundo.

Y ni siquiera lo advertimos. Acaso el monorraíl entero, durante su viaje nocturno, fue captado por sus poderosos medios, y lanzado por el infinito, para situarse en aquel mundo de pesadilla...

Una ciudad idéntica. Con sus más nimios detalles. Pero sin gente. El y sus máquinas prodigiosas eran capaces de copiarlo todo. Todo..., menos la carne humana, los tejidos vitales del ser viviente. Sólo creaba muñecos, marionetas fofas, como él... Sólo eso se le resistía al orgulloso monstruo de aquel planeta.

— Dios mío... — medité, tratando de comprenderlo todo, pese a su magnitud, realmente aterradora—. Ahora..., ahora nosotros..., no podemos volver a nuestro mundo. ¡Estamos prisioneros en tu planeta, Ilak!

— Eso es — otra vez el repulsivo susurro, la risa maligna de aquel ser de pesadilla —. Sois mis prisioneros. Si os hubiera sabido reproducir exactamente..., os hubiese enviado de vuelta a vuestro mundo. Pero ahora...

— Ahora... ¿qué? — quise saber, angustiado.

— Ahora, terrestre..., os necesito.

— ¿Para qué? — gemí.

— Debo hacer en vosotros una disección, averiguar de qué clase de tejidos estáis hechos, cuál es el secreto de vuestra materia. Sólo con la disección quirúrgica, hecha por mis máquinas inteligentes, daré con la solución... ¡y fabricaré hombres y mujeres de la Tierra, para poblar mi ciudad maravillosa, mi gran Metrópolis vacía!

—Cielos, no... —enjugué el sudor de mi rostro convulso —. Sería

monstruoso, Ilak. Somos seres vivientes, como tú. Tenemos derecho a vivir, a ser respetados... Nada lograrás. Nadie puede crear una materia como la nuestra, porque nos hizo Dios...

—¿Dios? —el Amo de las Marionetas pareció no entender eso—. ¡Ilak puede hacerlo todo! Haré millones como vosotros... ¡Ilak aprendió vuestra lengua en pocas horas de estudio mental de vuestros cerebros y de vuestros conocimientos almacenados, ya lo ves! ¡Ilak, lo puede hacer todo!

Y sus ojos redondos, amarillos, malignos, se dilataron terriblemente, fijos en mí, en mi insignificante pequeñez.

Me encogí, amedrentado, sabiendo que podía destruirme en cualquier instante, sólo con desearlo. Aquel ser abominable, que no respetaba nada para sus caprichos, iba a destruirnos a todos, sólo para pretender copiarnos fielmente y producir marionetas de carne y hueso.

—¡Ilak, quiero saber algo! —grité con voz poderosa, todo lo poderosa que podía serlo para mí, aunque a él le sonara como un débil maullido—. ¡Ilak, háblame!

— Te escucho, terrestre. Abrevia. Tengo mucho que hacer aún.

— Ilak, ¿qué ha sido de mis compañeros, de todos los que conmigo estaban en tu maldita Metrópolis copiada?

— Descansan — rió — . Y esperan... Esperan como tú, a la labor de las máquinas de cirugía. Cuando haya terminado algunos detalles de Metrópolis..., empezaré con vosotros.

—¡Escucha, Ilak! Sólo con ver a uno de nosotros, con estudiar el cuerpo de uno, podrás encontrar la forma de reproducirnos. ¡Deja que sea yo, yo solo, quien se sacrifique, pero devuelve a los demás a su lugar en la Tierra! ¡No continúes este horrible juego criminal, asesinando criaturas vivas, inteligentes, que ningún mal te hicieron!

— ¿Cómo te atreves a discutir mis decisiones? — los ojos del Amo centelleaban de fría ira—. ¡Ilak, el Amo de las Marionetas Vivientes, hará lo que desee! ¡Y tú no eres quién para poner condiciones! Eres muy generoso en sacrificarte por los demás, pero no me basta. No quiero correr riesgos. Las máquinas teleportadoras interplanetarias, consumen tal energía en una acción de ésas, que luego tardan lo que para vosotros son siglos enteros en poder actuar de nuevo, trasladando materia de un planeta a otro. No me quedaré sin vosotros, mis juguetes favoritos... ¡Y sólo seréis un puñado de pequeños muñecos vivientes, de microbios insignificantes, los que

pereceréis para divertir al gran Amo de las Marionetas! ¡A Ilak, el genio más grande y poderoso de todos los mundos habitados!

Se cerró el panel. Me sentí encerrado, agobiado, rodeado allí de muñecos humanos, de mujeres de plata. Entregado a mi suerte, que no podía ser más terrible ni siniestra. Vencido. Sin posibilidad humana de escapar, de hacer algo.

Y, conmigo, todos los demás. Todos ellos. Mis compañeros de alucinante pesadilla en lo que, creyendo todos que era Metrópolis, no resultaba sino una increíble, maravillosa reproducción, en un lejano planeta.

De todo, había tenido la culpa Val Guest, con su maldito experimento. De otro modo, nunca mis ondas mentales hubieran sido captadas por las máquinas del cíclope, y él no se hubiera encaprichado en aquella horrible travesura de trasladarnos a su mundo, desde el planeta Tierra, a bordo del monorraíl, y teletransportados por una energía desconocida por nosotros…

—Y ahora… ¿qué? —musité, angustiado—. Todo ha terminado para nosotros…

Lenta, silenciosamente, se iban retirando ya los muñecos en que veía reproducidas nuestras caras y figuras. También las mujeres plateadas. Me quedé solo. Solo en aquella inmensa nave vacía. Solo otra vez, pero ahora en una soledad que era antesala de la misma muerte…

Sin remedio. Sin solución posible.

Sólo esperando. Esperando a morir, bajo la disección de máquinas diabólicas, al servicio de un gigantesco genio del mal…

* * *

El quirófano.

El gran quirófano. El más aterrador e impresionante que jamás vieran mis ojos.

Un escenario frío, aséptico y dantesco. Sin seres vivientes. Nada viviente, salvo los ojos amarillos y monstruosos de Ilak, el Amo, asomados a un visor elevado, tras un vidrio que era como el punto de

observación para él, siguiendo la tarea de sus máquinas.

Las máquinas...

Impresionaba verlas actuar. Moviendo sus engranajes, sus complejos mecanismos, de una ciencia electrónica, infinitamente superior a la conocida por el hombre. Brazos magnéticos, actuando como los de los más perfectos seres vivientes. Plataformas, como mesas de operación, bajo grandes proyectores diseminados en círculos por la altísima bóveda. Y en las plataformas..., nosotros.

Los ocho.

Val Guest, Mizar, Ilse, Skull, Alex, Corman, Lighter... Con el terror en sus rostros, con la expresión de la angustia y de la impotencia en sus miradas. Bajo el efecto demoledor de aquella terrible ciencia que iba a ser nuestro verdugo. Contemplando aquellos ojos dantescos, fijos en nosotros, con la fijeza del coleccionista en su nuevo ejemplar de mariposa. O del niño que va a aplastar un hormiguero cruelmente...

— Ray, quiero que sepas..., que me duele morir, ahora que he conocido a un hombre como tú...

Era Mizar quien hablaba así. Mizar, compañera mía en un mundo de imaginación, y en un mundo de realidades mucho más delirantes que todo lo imaginable. «Pobre Mizar», pensé.

La contemplé, hermosa y esplendente en su física belleza. Esperando a la muerte, al estúpido y cruel sacrificio dictado por una mente de monstruo caprichoso.

— Mizar, tus palabras son un gran consuelo para mí... — susurré.

— Mientes para complacerme ahora. Tú... tú no sientes nada por mí...

— No sé si empecé a sentirlo mentalmente, de modo irreflexivo, en el experimento de Val Guest. Luego se confirmó... Mizar, de veras te lo digo. Una vez conocí el amor, y no valió la pena. Tú... tú eres diferente. Creo que de ocurrir las cosas de otro modo, hubiéramos unido nuestros destinos.

— ¡Ray! —tembló ella, emocionada, mirándome.

—Te lo digo sinceramente, Mizar —la miré yo también largamente — . Creo... creo que te amo. Es penoso que todo acabe

aquí...

— Y todo, por culpa mía — Val Guest, tendido en su plataforma de vidrio, contempló las tenazas delicadas de las máquinas cirujanas, acercándose a él, inexorables—. ¿Podrá perdonarme ahora, Mantell?

— A la hora de morir, Doc..., todo se perdona —sonreí amargamente —. Además, usted no es culpable de que existan en los mundos seres como ese Ilak, el Amo...

Cerré los ojos. Tenía la piel bañada en sudor. Las máquinas avanzaban. Iban a abrir nuestros cuerpos en vida. Sin anestesia. Para analizar nuestras entrañas, nuestros tejidos y nuestro secreto de vivir.

Lo que nunca lograría Ilak, sería conocer el secreto del alma humana, del espíritu del hombre, pero, ¿valía eso la pena para un ser como él?

No. El se sentiría satisfecho y feliz con poder crear muñequitos, aunque ello fuese a costa de vidas humanas sacrificadas malignamente...

Debo admitir que había entereza en todos nosotros. Ni un grito, ni una queja, ni un rasgo de cobardía. Nada. Íbamos a morir sin humillarnos ante nuestro ciclópeo verdugo...

Alex se despedía entre dientes de sus seres queridos. Confortado con la idea de que nunca sucedió nada extraño en Metrópolis. De que nunca les pasó nada a ellos, cuando menos...

— Adiós, Ray — oí decir a Mizar, en un murmullo.

— Adiós, Mizar, querida... — respondí.

Y me dispuse a morir

Las pinzas de cirugía mecánica de las grandes máquinas electrónicas, me rozaron las ropas. Sentí el frío bisturí electrónico, moviéndose sobre mi piel...

* * *

Después, tenía que ser el fin. La muerte dolorosa, lacerante.

El cuerpo hendido, las vísceras palpitantes, los ojos electrónicos,

captando cada detalle de la maravillosa máquina humana de la vida...

Eso tenía que ser. Eso esperé yo. Eso esperamos todos. Sin fe en un milagro. Sin esperar que sucediera nada prodigioso que nos salvara en el último instante...

Y, sin embargo..., sucedió.

Sucedió el milagro. Cuando todo estaba perdido.

Las máquinas de cirugía se detuvieron en el gigantesco quirófano del monstruo. No nos rasgó la carne, los tejidos... No sentimos dolor. Hubo un silencio denso en torno nuestro. Como si todo se hubiese detenido.

Y era así. Se había detenido.

Afuera, se percibía algo, un ruido ronco, estrepitoso, vibrante. Temblaba el suelo, temblaban los muros... Busqué con la mirada los ojos amarillos y perversos de Ilak, el Amo.

No lo encontré. El visor de la cúpula, estaba vacío.

Me incorporé en la plataforma de vidrio flotante. Las ligaduras magnéticas se desprendieron de mi torso, de mis brazos y piernas. Me sentí liberado. Desperecé mis músculos.

No entendía nada. Pero algo había sucedido. Algo estaba sucediendo afuera, donde el ruido aumentaba, en proporciones aterradoras. Capté algo, una especie de ulular, como el chillido de muerte de un dinosaurio...

Luego, un muro del quirófano, comenzó a ceder, a resquebrajarse... Una máquina despidió un alud de chispas violentas.

— ¡Cuidado! — aullé.

Y salté de una plataforma a otra. Los demás corrían ya. Mizar, no. Se había desmayado. Yacía inerte, con una huella de sangre sobre sus senos, rozados por un bisturí electrónico...

Val Guest, Ilse y los demás, corrían a parapetarse donde les era posible, deslizándose entre las máquinas, buscando los lugares más seguros para protegerse del caos reinante, del inevitable derrumbamiento de un enorme muro que podía aplastarnos a todos.

Yo no podía dejar a Mizar allí. No la dejé, aunque sabía que era correr el riesgo de morir en el empeño.

La tomé en mis brazos, corrí con ella hasta el borde de la gran plataforma de vidrio donde iba a ser ella diseccionada, y brinqué hacia abajo, hasta otra plataforma. Luego, me deslicé, por unos grandes tubos metálicos, hacia el suelo lejano, llevando a Mizar sobre mi hombro, como dos diminutos enanos en un mundo de titanes.

El muro terminó de derrumbarse, entre enorme estrépito de vidrios. Chisporroteaban las máquinas, provocados cortocircuitos por la catástrofe. El lugar era un infierno. Un infierno de colosales proporciones.

Mizar no volvía en sí. Era mejor de este modo. Con ella en brazos, corrí ahora, al igual que mis camaradas, por entre las máquinas que iban ardiendo en su interior.

Afuera, el estruendo habla cesado, y volvía la calma, el silencio. Me pregunté qué habría sucedido…, y qué sucedería después.

Sobre todo, esto último.

Miré arriba. Y las esperanzas alimentadas, se diluyeron como por ensalmo.

Allí estaban otra vez. Los ojos redondos, amarillos, fijos y fríos…

El Amo había vuelto a consumar su obra aniquiladora. No teníamos salvación posible, a pesar de todo. Ahora, ya no.

CAPÍTULO X

Fue la mayor sorpresa de mi vida. De nuestra vida. De la de todos los allí agrupados, llenos de terror.

Y eso que, últimamente, las sorpresas eran cosa habitual, continuada.

Esta fue la mayor de todas. Y también la mejor...

Los ojos amarillos eran igual de redondos, de fríos, de extraños. Pero no eran crueles ahora. Ni tampoco lo fue la voz, más profunda, más sorda, mucho menos perfecta en el dominio de nuestra lengua.

— Vosotros a salvo — dijo —. Hombres de la Tierra, volved a vuestro mundo. Todo resuelto en Zhor.

Miré a las alturas. A los ojos amarillos. Al ser aquel, desconcertante.

—No entiendo... —dije. Elevé la voz cuanto pude—: ¿Qué sucede ahora? ¿Por qué cambias de opinión, Ilak?

La respuesta llegó clara:

— Ilak no vive. Ilak muerto. Tirano muerto. Rebelión contra tirano caprichoso, triunfadora. Vosotros libres. Volved a planeta Tierra.

— Cielos... — nos miramos, emocionados, incrédulos — . ¡Libres!

— Como en cualquier lugar del mundo, hay gente buena y mala,

tiranos y sometidos… —sentenció Val Guest—. En todos los mundos parece ser igual… Ilak era el mal. Y ha caído. Pagó caros sus caprichos. Ahora, sus juegos siniestros han terminado, por fortuna para nosotros. Espero que podamos volver a casa pronto…, y bien.

—Dios mío… —murmuré, oprimiendo contra mí a Mizar—. Dios mío…

* * *

Metrópolis quedó atrás.

La falsa Metrópolis, claro. El último recuerdo que guardo de ella, del juguete maestro de Ilak, el Amo de las Marionetas, es una serie de ruinas y destrozos. Gigantescos seres de aquel mundo, procedían a destruir todos los juguetes de Ilak. Y, para ellos, la gran urbe vacía, a su pequeña escala humana, era un juguete más, tan siniestro como los otros.

La máquina teleportadora poseía energía suficiente para devolvernos a nuestro lugar en el universo. Después, sería destruida. Se nos dijo antes de hacerla funcionar.

Y el monorraíl, rindió, al fin, viaje en Metrópolis.

En la auténtica Metrópolis. En otra noche como aquella. El tiempo pasaba rápido en la Tierra, y lento en Zhor, planeta de titanes.

Llegamos de noche.

Confieso que, al abandonar el monorraíl, sentí aprensión. Temí verme ante una ciudad solitaria, silenciosa y desierta.

Incluso el jefe de trenes, cuando me saludó, se quedó sorprendido, al ver que asomaba, para verle, y estrechaba su mano, Su mano, de cálida carne y hueso…

Había gente en la calle. Poca, pero había. El monorraíl perdido, había reaparecido. Tendríamos que dar explicaciones. No sé si nos las creerían, pero íbamos a decir simplemente la verdad. Sólo eso…

Sí. Esta vez, sí. Metrópolis era una ciudad normal. Con sus peatones trasnochadores, con chicas bebiendo en el bar de Kitty…

Nos despedimos todos en la larga avenida del Nivel Cuatro. Nos

dirigimos una mirada de camaradería y afecto. De simpatía, de mutua gratitud y de alivio.

— Nos veremos de nuevo, Mantell — dijo Val Guest.

— Espero que sí — miré a Mizar, pálida pero risueña a mi lado — . Espero que nos volvamos a ver todos...

Me encaminé a casa. Mizar, a mi lado. Llegamos a la puerta. Nos miramos.

— ¿Subes? — dije —. Hay dos dormitorios... Eso, esta noche. Mañana será diferente. Después de la boda,

— ¡Ray!

— Después de la boda — dije.

Y la besé.

Alrededor nuestro, la Metrópolis era grande, luminosa, llena de gente, de vida. Sí. Hasta la Metrópolis, ahora era hermosa. Entrañablemente hermosa...

F I N